

SEGUNDA

LINEA
NUEVA ÉPOCA

Revista digital bimestral editada por el Instituto Pastoral de la Adolescencia

MONOGRÁFICO 6 - JUNIO 2022

LOS DESAFÍOS DEL PUEBLO DE DIOS TODO EL
MINISTERIAL, DESDE LA TAREA DE LOS CATEQUISTAS

Presentación

Todo un pueblo ministerial ante los desafíos de la Asamblea Eclesial Latinoamericana.

La Asamblea Eclesial Latinoamericana celebrada el año pasado concluyó con la enunciación de doce desafíos que debemos enfrentar como comunidades en los distintos niveles, desde lo local a lo continental. Esos son:

1. Reconocer y valorar el protagonismo de los jóvenes en la comunidad eclesial y en la sociedad como agentes de transformación.
2. Acompañar a las víctimas de las injusticias sociales y eclesiales con procesos de reconocimiento y reparación.
3. Impulsar la participación activa de las mujeres en los ministerios, las instancias de gobierno, de discernimiento y decisión eclesial.
4. Promover y defender la dignidad de la vida y de la persona humana desde su concepción hasta la muerte natural.
5. Incrementar la formación en la sinodalidad para erradicar el clericalismo.
6. Promover la participación de los laicos en espacios de transformación cultural, político, social y eclesial.
7. Escuchar el clamor de los pobres, excluidos y descartados.
8. Reformar los itinerarios formativos de los seminarios incluyendo temáticas como ecología integral, pueblos originarios, inculturación e interculturalidad y pensamiento social de la Iglesia.
9. Renovar, a la luz de la Palabra de Dios y el Vaticano II, nuestro concepto y experiencia de Iglesia Pueblo de Dios, en comunión con la riqueza de su ministerialidad, que evite el clericalismo y favorezca la conversión pastoral.
10. Reafirmar y dar prioridad a una ecología integral en nuestras comunidades, a partir de los cuatro sueños de Querida Amazonía.
11. Propiciar el encuentro personal con Jesucristo encarnado en la realidad del continente.
12. Acompañar a los pueblos originarios y afrodescendientes en la defensa de la vida, la tierra y las culturas.

Como lo anunciáramos en el primer número de este año, pensamos los distintos números de nuestra revista desde estos desafíos como un modo de empezar a enfrentarlos. Pero, además, los números monográficos, nos permiten destacar que muchos cristianos ya los vienen enfrentando desde hace tiempo. Por eso hemos pedido a algunas personas que compartan sobre todo su experiencia en torno a algunos de estos desafíos.

Hemos pedido a dos jóvenes con distintos recorridos de fe y pertenencia eclesial que nos compartan su itinerario hacia la participación en dos ámbitos sociales clave: la política y la comunicación. Y en eso nos ayudan Aníbal Acerbo y Nelson Espíndola. Es un modo de ponernos a pensar en el primer desafío.

La Hna. Estela Grignola pertenece a una congregación, la Congregación de Jesús, que tiene un protagonismo y una historia muy particular en la lucha por la participación de las mujeres en el ministerio eclesial. Ella nos ofrece, desde su propio compromiso como teóloga, una hermosa pieza de hermenéutica narrativa para reflexionar sobre el tercero de los desafíos.

Hemos querido compartir nuestra propia experiencia sinodal laical de lasallanos para acercarnos al quinto desafío.

Oscar Campana, que tanta experiencia tiene en la formación de agentes pastorales, candidatos al presbiterado o no, nos ofrece una pieza aguda para ponernos a meditar sobre el desafío número ocho.

Un elemento clave del seguimiento de Jesús es el encuentro con su persona. Por eso hemos querido pedirle a tres personas vinculadas en distintos momentos a nuestro Instituto un testimonio sobre esa experiencia. Y nos han respondido Daniela Francesconi, docente de esta casa durante mucho tiempo; Estela Bereau, exalumna de los tiempos de la carrera de profesor de catequesis; y Lidia Figari, alumna actualmente. Así tenemos tres perspectivas bien distintas sobre el desafío once.

Por último, Carolina Insfran, también docente en nuestra casa, reflexiona desde su experiencia de pertenencia al Pueblo de Dios en torno al noveno desafío.

Todas son bellas historias. Historias de encuentro, de pertenencia y de servicio. Historias de ministerialidades diversas y novedosas. Allá por 1975, Michel de Certeau acuñó aquello de que vivimos un cristianismo estallado. Lejos de pensar eso como desastroso, podemos observar este caleidoscopio de historias creyentes como ese estallido de la diferencia en la comunión. Allá vamos con estos pioneros del mundo nuevo que nos quieren compartir sus historias.

Que disfruten de esta lectura tanto como hemos disfrutado en hacer esta revista.

H. Santiago Rodríguez Mancini
Director

**Aníbal Acerbo**

Trabajador Social
Docente en educación
media y superior.
Especialización en
vivienda y hábitat.
Educador Popular.

UN RECORRIDO EVANGÉLICO

ANÍBAL ACERBO

Hace algún tiempo me llegó la invitación para participar en este número de la revista. Encaro el desafío de escribir estas líneas con alegría y a la vez desconcierto. Desafío porque me invita a hacer un ejercicio poco frecuente en estos días el de revisar algunas cuestiones de mi biografía. Alegría porque me permite reencontrarme con personas queridas que hacía mucho que no compartía. Y desconcierto al ver en otros la expectativa de que esas cuestiones puedan ser de interés para los lectores, para ser completamente sincero un desconcierto que a la vez un poco me envanece. Asumiendo todas estas sensaciones comparto con ustedes algunos puntos de una suerte de itinerario personal fuertemente marcado por mi vivencia en la comunidad de la Escuela La Salle de Florida ubicada en el municipio de Vicente López, provincia de Buenos Aires de la Argentina.

Hay un recuerdo que tengo cuando llegue a la Escuela que me ha acompañado siempre a lo largo de estos casi 30 años. Más que un recuerdo ha sido una gran sensación que a lo largo del tiempo he podido ir reinterpretando. Yo me incorporé como estudiante de la primaria en los últimos años de la misma, y era habitual para mis compañeros (en ese momento la Escuela era solo de varones) ir a la capilla y compartir diferentes canciones, la primera vez que compartí ese ritual me había quedado sorprendido del entusiasmo, la concen-

tración y el placer que tenían ellos en ese momento tan novedoso y distante para mí, en aquel entonces sentía que estaban viviendo algo que los alegraba y que de alguna manera me invitaba a poder compartirlo. Hoy en día volviendo a esas sensaciones creo que fue una de las primeras experiencias de la cultura lasallana o bien de lo que estaba proponiendo la Escuela como espacio pastoral para su comunidad educativa. En ese ritual había un compartir con otros, una reflexión sobre nuestras vidas inspiradas en las canciones y una mirada a la palabra de Jesús.

Pasados los años ya en el secundario fui experimentando diferentes espacios dentro de la Iglesia, algunos ligados a espacios parroquiales y otros a retiros espirituales propuestos por la diócesis, espacios significativos centrados en la relación que uno podía establecer con Dios. Pero a finales de mi secundario hubo una experiencia que me transformó profundamente, que fue la Pastoral Juvenil. Una vez más aparecía una propuesta Pastoral que apuntaba a interpelarnos desde la realidad donde estamos inmersos, y sobre todo nos invitaba a mirar desde el Evangelio las realidades de pobreza y exclusión de aquellas/os que estaban quedando afuera de todo.

Corría finales de los años 90, y en esos momentos previos a lo que después terminó de estallar en diciembre del 2001, la Argentina vivía

una situación muy grande de desigualdad que se había comenzado a consolidar a partir de la última dictadura militar en nuestro país y profundizado en esta década. Ese era el contexto desde el cual nos convocaban desde los grupos juveniles a comprender nuestra vida a partir “del discernimiento desde el lugar del pobre”, opción que encarnaba profundamente el mensaje de Jesús. Y no solo la propuesta estaba centrada en las opciones personales sino también en ese momento nos convocaban a animar y coordinar grupos y acciones para que otras/os puedan también ver sus realidad desde esta mirada. Tal es así que desde la Pastoral Juvenil organizamos un sinnúmero de actividades en esta clave: campamentos, retiros, convivencias, reuniones, jornadas de formación, campañas y viajes solidarios, voluntariados, etc.

La pregunta que había aparecido en relación a “qué podemos hacer para transformar la sociedad en pos de una más justa donde todas/os podamos vivir bien” no tardó mucho en convertirse en una pregunta vocacional y en la búsqueda de una profesión que permita concretar esa búsqueda. De esta manera, luego de transitar diferentes opciones, encontré en el Trabajo Social y en la docencia un campo de estudio y de trabajo que contenían aquella intención.

Fue en esos años de formación cuando con algunos de los compañeros de la Pastoral Juvenil y otras/os que fuimos encontrando en el camino, comenzamos a armar y consolidar un “bachillerato popular” en una de las villas más grandes que tiene Vicente López, si en Vicente López uno de los municipios más ricos de Latinoamérica hay Villas sin gas, ni cloacas, ni electricidad, ni condiciones que hagan del hábitat un derecho. Esa propuesta fue por demás enriquecedora, los bachilleratos populares, si bien se enmarcaban en proyectos desarrollados en forma voluntaria, eran una de las pocas herramientas que habían resistido los '90 para que las personas que habían sido excluidas del sistema educativo por diferentes motivos puedan terminar sus estudios y tener un título secundario.

Ya promediando la primer década del presente siglo, nuestro país comenzaba a recomponerse social y económicamente, el Estado

también comenzaba a ocupar un lugar diferente a aquel que lo habían relegado las políticas neoliberales, especialmente en relación a su imprescindible rol en la restitución de derechos de las/os pobres. En este marco y con la herramienta del título de trabajador social trabajé en diferentes políticas públicas que buscaban resolver diferentes problemas sociales. Primero vinculado al hábitat y la vivienda y luego a la promoción del desarrollo social. La misma pregunta continuaba orientando la búsqueda, cómo transformar de manera efectiva la realidad de los que están más relegados del sistema en el que vivimos, ahora entendiendo que el Estado y las políticas públicas deben ser un instrumento que facilite una redistribución de bienes y servicios más justa.

Con el pasar de los años y mis diferentes experiencias dentro de las Políticas Públicas comprendí la importancia de la participación política en relación a la capacidad (o no) del Estado como instrumento transformador. Quizás lo que para otros cae de suyo, en mi caso fueron algunos años de experiencia y reflexión para poder comprender la importancia de un proyecto político a la hora de definir y ejecutar una intervención desde el Estado, una Política Pública. Es así que hace un poco más de diez años mi vida se vio repartida entre mi labor profesional y la participación política.

Considero que aquella búsqueda inspirada en el Evangelio de poder discernir desde el lugar del otro, del pobre, vivida en mi experiencia en la Pastoral Juvenil ha ido suscitando diferentes respuestas a lo largo de mi vida, o más bien una misma respuesta que va cobrando diferentes dimensiones: el voluntariado, opciones vocacionales, profesionales y políticas. Búsquedas y respuestas que aún siguen abiertas cargadas de marchas, contramarchas, contradicciones, certezas y anhelos. Cada una de ellas acompañadas por diferentes personas, entrañables compañías que hacen realidad que el camino es más fácil cuando se hace junto a otras/os.

**Nelson Espindola**

Licenciado en
comunicación social y
periodismo.
Productor de radio y tv.

JÓVENES, IGLESIA Y SOCIEDAD.

Una comunión urgente y necesaria.

NELSON ESPINDOLA

La vinculación de las categorías con las que se titula el presente artículo ha sido el centro de muchas discusiones a lo largo de la historia en nuestra Iglesia y en el último tiempo, sigue poniéndose sobre la mesa para encontrar más respuestas. Pero la necesidad de la comunión, que es superior a este planteo y exige la predisposición de toda la Iglesia a cambiar los modos en los que nos organizamos y pensamos nuestras acciones pastorales, urge ante un presente que necesita de la participación de las juventudes como factor unificador. Muchas veces se ha planteado la razón de ser de las pastorales juveniles o el lugar de los jóvenes en la Iglesia y más allá de las amplias respuestas, todavía seguimos repensando esta cuestión. Llegó el tiempo de reconocer que, en la práctica, no hay una juventud homogénea; que el dinamismo del tiempo presente nos conduce a propuestas permeables a cambios según los tiempos y las sociedades en las que habitamos. Es interesante plantearse un corrimiento de la categoría “joven católico, joven de parroquia/movimiento” para pensar más ampliamente en aquellos jóvenes que se identifican con los valores del Evangelio. Como dice la canción, “más allá de las fronteras”. No hablo de jóvenes que tengan que ser Evangelizados, hablo de juventudes que han encontrado valores Evangélicos en otras expresiones o activida-

des sociales y que no estamos pudiendo incorporar a la vida de la Iglesia. También, aquellos jóvenes profesionales que en su vida cotidiana mejoran los espacios en los que se vinculan y que no tienen tiempo o se sienten alejados de la vida ordinaria religiosa. Por qué no pensar también en las juventudes que, por ejemplo, desde nuestros barrios populares encontraron otras formas de celebración. Este modo quizás permita ver que si bien las discusiones planteadas en el ámbito social, los medios y las instituciones atraviesan a las juventudes, hay mucha vida en ellos y que el Reino en el que creemos, se hace presente aquí y ahora. Hablaríamos entonces de una Fe encarnada, que no divide la vida pastoral de la civil, que piensa en el ejercicio de las profesiones como un servicio al prójimo, que construye sociedades más justas. La actualidad en la que vivimos, que plantea guerra, superficialidades, modas, posicionamientos, necesita del compromiso social de nuestras juventudes y, más aún, de aquellas que tienen un proyecto de vida religioso.

En los barrios populares, en la fe popular, hay riquezas que nos invitan a una mirada de Iglesia encarnada. En este sentido, quisiera tomar un extracto de la homilía de monseñor Gustavo Carrara,

Obispo auxiliar de Buenos Aires, con motivo de 55ª Jornada mundial de la paz (Catedral de Buenos Aires, 1 de enero de 2022): *“Quisiera dejar planteado para nuestro diálogo y discernimiento comunitario el siguiente desafío que nos interpela como sociedad. Es necesario comenzar por la escucha atenta de la realidad. La agenda política debe responder a las necesidades de la gente.”* La vida de los que nos consideramos Cristianos está repleta de signos y significados que rondan nuestra realidad cotidiana y que merecen nuestro ejercicio de discernimiento continuo sobre cuáles de todos esos significados tienen relación con la propuesta del Evangelio. Podríamos decir que la multiplicidad de acciones que construyen el bien común y nos ayudan a percibir el Reino ya habitan en nuestros espacios y reconocer en ellos un punto de partida para hacer crecer este modo de vida, esta Salvación para la sociedad toda. Es decir, no acudimos en la tarea Evangelizadora desde cero, sino reconociendo en la vida cotidiana y nuestras sociedades, una existente búsqueda de Dios. Esta escucha atenta no quiere decir quedarse pensando grandes planes pastorales, sino que exigen una dedicada y acompasada acción pastoral, que amerita más la escucha y la acción, que la acción y la reacción. Es más, escucha-discernimiento-acción-escucha, puede ayudarnos a mejorar. Mons. Carrara nos comparte también que *“El diálogo empieza por la escucha sincera del otro, respetándolo en cuanto otro. Y sigue con el reconocimiento humilde que mi pensamiento es incompleto, que me puede enriquecer el encuentro con alguien distinto a mí. Es decir no poseemos la verdad, sino que esta nos posee y nos atrae constantemente desde la bondad y la belleza. (...) El diálogo entre generaciones nos hace pensar en la necesidad de otros diálogos en nuestra patria para el bien común. Un país crece cuando sus diversas riquezas culturales dialogan de manera constructiva: la cultura popular, la universitaria, la juvenil, la artística, la tecnológica, la cultura económica, la cultura de la familia y de los medios de comunicación”. (FT 199). Necesitamos imperiosamente del diálogo para la amistad social y que éste sea encuentro hecho cultura. (Cf. FT 216-217).”*

Habítamos en la cultura, nos movemos, habitamos, creamos y reproducimos. Es el tiempo de repensarnos desde nuestro ser Cristianos en una realidad que urge nuestra presencia como factores de cambio, trabajar juntos por el bien común, vivir lo que creemos. Recordemos una frase de Don Orión, quien nos decía *“Tenemos que ser Santos, pero no tales que nuestra santidad pertenezca sólo al culto de los fieles o quede sólo en la Iglesia, sino que trascienda y proyecte sobre la sociedad tanto esplendor de luz, tanta vida de amor a Dios y a los hombres que más que ser Santos en la Iglesia seamos Santos del pueblo y de la Salvación social”*.



Estela Clara Grignola

Nací en Buenos Aires hace 56 años. Ingresé en la Congregación de Jesús en 1984. Estuve varios años en contextos educativos, luego me formé en logoterapia y los últimos años hice una Maestría en Teología Latinoamericana viviendo en Centroamérica. Me apasiona buscar modos de construir el Reino de Dios aquí y ahora. Deseo aprender cada día y pido la gracia de poder percibir el aleteo de la Espiritu sobre las aguas de nuestro tiempo.

HACER VISIBLES A QUIENES FUERON INVISIBILIZADOS

“Ustedes han oído que se les ha dicho... pero yo les digo...” Cfr. Mt. 5, 21

ESTELA CLARA GRIGNOLA

Hace varios años leí un libro de María Dolores Alexandre (1) y esto produjo un antes y un después en mi propio modo de compartir la Palabra, de orar junto con otras personas, en la soledad de mi espacio propio, de mirar el mundo y de buscar los signos de los tiempos en la vida cotidiana.

Con los años los estudios y reflexiones teológicas fueron dando mayor forma a estas reflexiones y cambio de mirada.

Quiero compartir en esta ocasión el impacto que significó para mí este cambio. Cambio que hasta podría decir que sigue diciendo y resonando en mí estas palabras de Jesús “Ustedes han oído que se les ha dicho... pero yo les digo...” (2)

Se preguntarán a qué viene todo esto, me refiero a una aproximación a la Palabra desde una mirada refrescada y novedosa. Me refiero a no dar por supuesto que las interpretaciones que hemos recibido del texto bíblico son Palabra de Dios. Simplemente son eso, interpretaciones. Teniendo en cuenta también que las interpretaciones no son neutras, sino que se ubican desde un contexto concreto y específico. (3) La invitación es a ubicarnos desde un contexto y leer los textos bíblicos con seriedad y con resonancias actuales.

Esto es, siempre leemos el texto bíblico desde un contexto concreto, desde una experiencia. Cómo sería por ejemplo el texto de Jesús y la hija

de Jairo narrado desde la madre de la niña. Cómo sería escuchar a María Magdalena narrando lo que significó compartir la vida con el grupo que estaba con Jesús. Y tantos otros modos de escuchar los textos bíblicos narrados desde otro espacio.

¿Nos animamos a esto?

Les comparto un texto que sentí que me susurraba y escuchaba contar a Betsabé. ¿Cómo sería la narración de lo que sucedió?

Yo, Betsabé

“Yo Betsabé, quiero contar mi historia. Deseo narrar mi versión de las cosas, así como yo las viví. Posiblemente me conozcan como aquella que sedujo a David, aquella que lo cautivó. Quien hizo pecar al Rey ante Yahveh. Sé que pasé a la historia como la adúltera del Rey. Sé que se usa mi nombre para desacreditar a las mujeres. Cuando una mujer es bella, tiene la marca de la seductora que lleva a los hombres buenos por mal camino, es una Betsabé.

Después de tantos años, de miles... voy a referir como fueron los acontecimientos de aquel tiempo. Voy a contarlos desde mi perspectiva. Nunca antes me habían preguntado. Nunca antes. Nunca antes, había tenido quien me escuchase. Claro, que las mujeres en aquel tiempo y en otros tiempos tampoco hemos tenido voz.

Hoy deseo sacar mi voz, hacerla que nazca desde lo más profundo de mis entrañas. Quiero con esto, dar espacio para otras voces, las de tantas mujeres que continúan siendo silenciadas, las de quienes siguen creyendo que su palabra no tiene validez. Así lo creí yo. Y la verdad sea dicha, qué podía decir estando por medio el Rey. No había mucho espacio para mi palabra.

Nadie se preguntó cómo me sentía ¿No pensaron si yo deseaba ir con el Rey? ¿No pensaron que yo era feliz con mi vida, así como estaba? ¿Acaso alguien se dio cuenta que la muerte de mi hijo no sólo fue un castigo para David, sino un dolor espantoso para mí? ¿Qué culpa había en mí en todo esto?

Si tienen paciencia, les iré contando mi experiencia en aquel tiempo. Pero hoy estoy cansada, si esperan seguiré mañana...

Hija de Eliam, esposa de Urías el hitita

Soy Betsabé, hija de Eliam y esposa de Urías, el hitita. Mi nombre significa 'la séptima hija', y así fue, fui la séptima hija de mi padre. Se preguntarán cómo pasé de manos de mi padre a ser la esposa de Urías.

Me habían dado a Urías en matrimonio, él era mi esposo y yo lo amaba. Se dijeron muchas cosas de mí, que seduje al Rey David, que fui adúltera, que fui culpable del asesinato de Urías, pero en verdad amaba a mi esposo.

Urías era un hombre noble. Se caracterizaba por ser un hombre de una sola pieza. Honrado y generoso. Pertenecía al ejército personal del Rey y tenía una lealtad a toda prueba. Urías no daba ninguna orden a sus subalternos que él mismo no estuviese dispuesto a cumplir primero. Esto hizo que no quisiera volver a nuestra casa para yacer conmigo cuando el Rey se lo ordenó. Y esto le valió la muerte... pero ya llegaremos a ese punto.

No habíamos llegado a tener a hijos. Muchas veces soñaba y me imaginaba cómo sería un hijo nuestro. Me hubiese gustado que fuese como Urías. Cariñoso, buen hombre, noble y valiente. Él decía que también quería algunas niñas, que tuviesen mis cabellos y mis ojos. Pero con las guerras y las batallas mi esposo estaba poco tiempo en nuestra casa. Yo sabía que había muchas posibilidades de que un día Urías no volviese. Siempre estaba en peligro, y acompañaba a sus soldados arriesgando su vida en cada momento. Aun así, tenía la ilusión de que tuviésemos hijos, una familia numerosa. Imaginaba que envejeceríamos juntos. Pero la historia fue otra...

Pueden traerme agua, tengo sed... Gracias. Sigo con el relato.

El día que el Rey me vio

Vivíamos con la familia de Urías, con sus padres y sus hermanas mujeres que aún no se habían casado. Cuando Urías iba a la guerra me quedaba con las mujeres de la familia en la casa. Una tarde estaba tomando baños y fue ahí cuando el Rey me vio. Él estaba paseándose por la azotea

de su propiedad y, de lejos, me vio. Según me dijo después, él quedó prendado de mi belleza. Este hecho cambió mi vida para siempre.

Muchas veces me pregunté por qué habré sido tan bella, porqué me habrá mirado el Rey, justo en aquel momento. Pasé tantas noches despierta, preguntándome como habría sido mi vida si el Rey no hubiese salido a caminar por la azotea aquel atardecer. ¿Cómo habría sido mi vida? ¿Habríamos envejecido juntos, Urías y yo? ¿Habría muerto él en la guerra? ¿Habría sobrevivido? ¿Cómo habría sido mi historia? Tantas preguntas que sé que no tienen respuesta.

Pero la realidad es que el Rey me vio. Se prendó de mi belleza. ¿Qué hacer con este cuerpo de mujer? 'Bella', dijo el Rey. Y esto fue motivo de querer poseerme. Sí, sépanlo. No me preguntaron si quería. Era la orden del Rey. ¡Cuántas veces rechacé este, mi cuerpo de mujer! ¿Por qué no habré sido menos llamativa? ¿Por qué estos pechos y caderas? ¿Por qué este cabello tan renegrido y brillante? Sin embargo, así fue. El rey David me vio.

Cuando la hermana menor de Urías me avisó que me mandaban a buscar servidores del Rey tuve miedo. ¿Qué pasaba? ¿Urías había muerto? Pero la noticia del esposo fallecido no se comunicaba así. No, no era esta la razón, lo supe momentos más tarde.

Fui ante el Rey y él me hizo perfumar, me vistió con los mejores vestidos. Me llevaron a su presencia a su recámara. Él me esperaba con su túnica preferida. Así lo supe alguna vez. Me dijo 'Eres tan bella' y se acostó conmigo. Todavía me acuerdo y me corre un escalofrío por la espalda. Se preguntarán si consentí en yacer con él. No, no consentí. Entonces ustedes dirán que me forzó. Tampoco fue así. Era el Rey, el Rey David. El Rey no pedía el consentimiento. El Rey no forzaba, no violaba. Al Rey había que complacerlo. No preguntó si amaba a mi esposo, si lo esperaba. Simplemente me tomó. Como se toma un objeto. Si yo fui propiedad de mi padre y luego de mi marido ¿Cómo no iba a ser propiedad del Rey?

Debo decir en justicia, que fue atento conmigo. Me trató con consideración. Luego volví a la casa. Disculpen necesito tomar un respiro. Más tarde seguimos.

El hijo que no imaginaba

Regresé a la casa de la familia de Urías. Nadie dijo nada. La madre de Urías sólo bajaba la cabeza y lloraba cada vez que me veía. ¿Habría pensado ella que Urías había muerto, por eso el rey me tomó? ¿Habría pensado que seduje al Rey y cometí adulterio contra su hijo? Me dije a mí misma que ella es mujer, sabe cómo son las cosas, sabe que no me podía negar a ir ante el Rey. Sin embargo, ¿por qué me dolía tanto que no me mirara ni me hablara?

Pasaron los días y no supe más del Rey. No volvió a buscarme. Seguí esperando que llegase un mensajero anunciando que el Ejército estaba de vuelta. Necesitaba estar en brazos de Urías otra vez. Sentir su olor y su calor. Quería ver sus ojos limpios y honestos.

Entonces, lo supe. No tuve la menstruación. Y también lo supo mi suegra, porque no hice la purificación. Su mirada esquiva me dolió más aún. Y empecé a atormentarme. ¿Cómo se lo diría a Urías? ¿Qué pensaría él? Es cierto que él me había dado el guet condicional, cuando fue a la guerra. Lo irónico fue que el mismo Rey David fue quien lo instituyó. Urías me había entregado el guet condicional, para que no quede como una agunah. Sobre todo, por no haber tenido hijos e ir Urías a la guerra. ¿Podría poner en vigencia el guet condicional para que el Rey me tome como esposa? ¿Querría el rey David tomarme como esposa?

Sean disculparme, pero necesito tomar algo de aire...

Urías, el hombre leal

Mientras me atormentaba pensando en el futuro que estaba tan cerca escuché que se comentaba, en voz baja, en la casa que Urías estaba en Jerusalén. El corazón me saltó del pecho. Alegría, por una parte, al saber que iba a verlo. Temor, por otro lado, porque no sabía cómo iba a decirle que estaba embarazada de otro hombre y, nada menos, que del Rey. Pero Urías no llegaba a la casa. ¿Qué pasaba? ¿Estaría enojado conmigo? ¿Le habría hecho algo malo el Rey? Y nuevamente supe las noticias. En Jerusalén todo se sabe. El Rey lo había mandado a llamar y lo había enviado a su casa junto a su mujer, o sea, conmigo, pero Urías había permanecido en las puertas del Palacio. ¡Ay Urías! Tu honestidad y tu lealtad te causaron finalmente la muerte. ¿Por qué no fuiste a mi lecho aquella noche? Te esperaba. Supe enseguida las intenciones del Rey. Mi suegra no hubiese dicho nada, hubiese guardado silencio, a eso estamos acostumbradas las mujeres. Te hubiese protegido. Y el hijo que llevaba en mi vientre hubiese sido tuyo. Te habría llamado Abba, aunque yo sabía quién era el verdadero padre. Pero mi amor estaba contigo Urías.

Por supuesto que no tuve ningún contacto con David. Ni noticias, ni mensajeros, ni consultas sobre el modo de proceder. El Rey obró a su modo y tomó sus decisiones sin consultarme. Entiendan, las mujeres no existíamos.

Más tarde me llegaron, por comentarios, noticias de que el Rey había convidado a Urías a un banquete. Imaginé sus intenciones. David pensaba emborracharlo y llevarlo a la casa. No importa que Urías hubiese yacido conmigo o no. Él no habría recordado nada. Pero ¡amor mío, Urías! Ni borracho dejabas de ser leal a tus principios. No regresaste a nuestra casa. Te quedaste nuevamente en la puerta del palacio del Rey. Y así, Urías, sin saberlo tú y sin saberlo yo, se firmó tu sentencia de muerte.

¿Qué hiciste mi Rey? ¿Por qué, David?

Nunca, ni en mis peores pesadillas, imaginé que David sería capaz de hacer lo que hizo. Aquellos terribles días los tengo grabados en mi memoria como si fuese este momento. No pasa ni un día en el que no recuerde lo que sucedió y no sienta una puntada en el corazón.

Seguí esperando. El Rey no se comunicó conmigo. Sentía la vida que crecía dentro de mí. Todavía no sabía qué hacer. Oraba a Yahveh pidiéndole auxilio, pero el auxilio no venía. Me sentía sola.

Antes, conversaba con las mujeres de la casa, nos visitábamos con mis hermanas. Pero después que el rey me llamó al Palacio, nada fue igual para mí. No sé si sentían lástima de mí, si tenían envidia, o si me despreciaban. Pero las mujeres a mi alrededor se rodearon de silencio. Y empecé a comprender lo que es la soledad. Esa soledad que me acompañó el resto de mi vida. Porque, luego, la vida en el palacio no fue mejor. La envidia de las otras esposas del rey por considerarme la preferida fueron como puñales que se clavaron en la espalda el tiempo que me quedó de vida. Pero aún falta parte de la historia.

Digo que esperaba a que los sucesos se resolvieran por sí solos, cuando llegó la noticia. Todavía se me nubla la mirada cuando lo recuerdo. ¡Urías había muerto! Muerto. El hombre que amaba estaba muerto. No había llegado a pedirle perdón por haber yacido con otro. ¿Pedir perdón? ¿De qué? ¿Tenía acaso otra opción? ¿Cómo fue que quedé atrapada en esta situación? Y con la muerte de Urías, supe que David lo había expuesto a la muerte. ¿Por qué, David? Por qué lo hiciste matar. Después de todo, no era tan grave que me hubieses tomado. Urías me había otorgado el guet condicional. Podría haber invocado el derecho a nuevas nupcias. ¿Hubiese accedido a ser la esposa del Rey para salvar la vida de Urías invocando el guet condicional? No lo sé. Pero, claro está, no me preguntaron. Nunca te entendí, David, nunca supe por qué lo hiciste. ¿Te creíste superior a Yahveh? ¿Pensaste que estabas sobre toda ley? La muerte de Urías no era necesaria, David.

Hice duelo por Urías. ¡A lo largo de los siglos se dijeron tantas cosas! Me dolió tanto cuando dijeron que hice duelo para cubrir las apariencias. Hice duelo honesto y sincero por Urías. Vuelvo a decirlo, amaba a Urías. Lloré y lloré y lloré. Tantas lágrimas que pensé que iba a quedar seca. Con su muerte, murió algo de mí. Aquella joven casada, fresca, jovial, alegre, ilusionada. Esa joven mujer dejó de existir. La mujer joven que se reía con las mujeres en la fuente de agua, que hacía bromas con las otras mujeres. Esa mujer ya no existió más. ¿Qué sucedió con ella? ¿A dónde se fue? Se fue contigo mi valiente Urías. Aquella mujer se fue y no volvió a regresar.

Castigo a David que padecí sin merecerlo

Pasado el tiempo de luto, el Rey envió a buscarme. Me volvió a la memoria aquel día en el que me buscaron y me presenté ante él. ¿Sería posible volver el tiempo atrás? ¿Sería posible no haber ido a bañarme aquella tarde? Pero así estaban las cosas. Nuevamente, el Rey no me preguntó si quería, no me consultaba ni me pedía como esposa. Simplemente estaba la orden. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo seguiría con un hijo si todos sabían que no me había acostado con mi esposo Urías en mucho tiempo? Sería acusada de adulterio, sería lapidada, el niño o la niña nunca sería legítimo, no tendría lugar en Israel. Todavía podía esconder algo mi embarazo. Una vez que estuviese en la seguridad del palacio mi hijo y yo estaríamos protegidos. ¿Pero cómo podría volver a yacer con quién dio orden de matar a Urías? ¿Podría vivir con esto? Y, debo decir, que sí viví con esto. Aunque no sé cómo, ya que después de lo que sucedió luego comencé a ser una muerta en vida.

El Rey me tomó por esposa y nació nuestro hijo. David estaba muy feliz con él. Yo sentí que la vida volvía a tener sentido para mí. ¡Hijo, eras tan bello! Una parte de mí volví a estar viva. Y, a veces, mientras te tenía en mis brazos y te acariciaba, imaginaba como hubiesen podido ser las cosas. ¿Cómo hubiese sido tener este hijo con Urías? Pero Urías estaba muerto y este hijo era de David.

Y sucedió que apareció el profeta Natán. Ustedes saben la historia sobre el relato que hizo Natán a David. Sobre el hombre que tenía un rebaño y aquel que tenía sólo una oveja y como el hombre rico le quitó la oveja al pobre. David se indignó. Así era el Rey, impulsivo, a veces algo niño, y tenía sentido de justicia, a su modo, fue un gran Rey. Cuando Natán le dijo 'Ese hombre eres tú', en ese instante David se dio cuenta de lo que había hecho. ¿Recién ahí te diste cuenta, David? ¿No veías mi dolor y mis lágrimas escondidas por la noche? ¿No te dabas cuenta que mientras estaba contigo pensaba todo el tiempo en Urías? ¿Nunca se te ocurrió pensar en lo que le hiciste a Urías, un guerrero honesto y valiente? ¿Nunca pensaste en que yo no era objeto de tu propiedad a merced de tus deseos?

Y Natán expresó el modo de castigo. 'Tu hijo morirá' ¡iiiiNo!!!! Grité. ¿Por qué? No es sólo SU hijo. ¿Es MI hijo también? ¿Qué culpa tiene el niño del capricho de su padre? ¿Qué culpa tengo yo de ser tratada como mercancía que se lleva y se trae? No, eso no podía pasar. Hiciste penitencia, David. Así, a tu estilo, grandilocuente, escandaloso, así como hacías las cosas. Así bailaste ante el arca, así lloraste y gritaste por todo el palacio. Así eras, David. Pero yo lloré y temí y oré en silencio.

Rogué a Yahveh, mi hijo no... Y el niño murió. Y yo sentí que lo poco que quedaba vivo en mí también moría. Me sentí seca. Me sentí morir. No sé cuánto tiempo pasó, no recuerdo que pasó en aquellos días, yo estaba flotando. No sé quién era esa que vivía en mí, que respiraba. No tenía conciencia de nada, ni de la vida, ni de la muerte. Entré en un eterno letargo. Tengo un remoto recuerdo de haber yacido con David. Y volví a la vida cuando las mujeres que me atendían, me bañaban, me untaban con ungüentos, me perfumaban, me peinaban, me vestían, me daban de comer, me acostaban... Digo, volvía a la vida cuando ellas me dijeron que estaba encinta. No tenía conciencia de mí ni de mi cuerpo. Pero ellas lo supieron, no había tenido la menstruación. Cuando me dijeron con palabras suaves al oído que estaba embarazada, algo en mí volvió a nacer. Salomón estaba en mi vientre. Una nueva vida latía en mí. Tenía que vivir para él. Le informaron al Rey y me llamó a su presencia. Nació Salomón y amé a ese niño. Y David lo amó y lo protegió.

La historia de Salomón quizá la cuente en otra ocasión. David prometió hacerlo Rey. Y fue Salomón el que lo sucedió en el trono. Cuando David era anciano y su hijo Adonías quiso coronarse como Rey, me impuse e hice cumplir a David su promesa. El profeta Natán apoyó la promesa que David me había hecho y pidió a David que entregue el Reinado a Salomón. ¿Por qué lo hizo Natán? ¿Sintió culpa por la muerte de mi primer hijo? No, no creo. Natán lo hizo porque sabía que era el designio de Yahveh.

Palabras finales

Quizá se pregunten si no me mostré a mí misma demasiado inocente y sumisa. No fue mi intención. Me reconozco como una mujer pecadora, pero no quiero cargar sobre mí pecados que no me pertenecen. Desarrollé muchas estrategias de supervivencia en el palacio, tuve que superar las intrigas y, en el camino, hice cosas de las que no estoy muy orgullosa. Pero les aseguro que fue utilizando mi inteligencia que logré sobrevivir. Fue con la ayuda de mujeres en el palacio, de las esclavas, de las siervas. Ellas fueron mis aliadas y mis amigas más entrañables. Así protegimos a mis hijos e hijas de morir y perecer.

También se preguntarán porqué después de tantos siglos y milenios he decidido hablar. La razón es que veo que muchas mujeres siguen sin poder dar su palabra. Mi historia se debió a los tiempos y la cultura de aquella época. ¿Pero es posible que la humanidad haya aprendido tan poco en estos miles de años? ¿Es posible que las mujeres sigan sin poder sacar su voz? ¿Es posible que sigan siendo tratadas como mercancía que se vende?

Me llevaron y trajeron sin preguntarme mis deseos. ¿Pude ser que suceda esto cada vez más? ¿Qué lleven y traigan a mujeres narcotizadas y las prostituyan?, ¿qué vendan a niñas y niños porque son más cotizables?

No puede seguir habiendo más mujeres convertidas en cuerpos que son cadáveres vivientes. Las mujeres siguen siendo silenciadas y explotadas. No sólo por ser mujeres, sino también por cuestiones de etnia y de pobreza. Triplemente marginadas.

Porque de mí y no sólo del Rey David, sino de mi misma, viene Jesús, quién dijo "He venido para que tengan vida y vida en abundancia" Jn 10, 10.

Me inspiraron y animaron a ponerle voz a mis palabras:

- La Biblia. 2 Samuel, 11 – 12; 1 Reyes, 1
- Aleixandre, Dolores. "¿Qué mujer no enciende una luz y barre la casa?" *Círculos en el agua. La vida alterada por la Palabra.* Santander. Sal Terrae. (1993)
- Arriaga, M. Navarro, Mercedes. *Teología Feminista I.* Efteta. Arribel. Sevilla. 2007 pp 181 – 235

Notas:

1. Aleixandre, María Dolores. *Círculos en el agua. La vida alterada por la Palabra.* Ed. Sal Terrae. 1997. Bilbao.
2. Cfr. Mt. 5, 21
3. Cfr. Acosta Bonilla, Manuel de Jesús *Vivir en marginalidad: lectura socio-histórica del Evangelio de Lucas.* UCA Editores, 2010. El Salvador



**Hno. Santiago
Rodríguez Mancini**

Hermano de La Salle,
exalumno del IPA, hoy
Director. Miembro de la
Comisión directiva de la
Asociación
Educacionista Argentina
y Coordinador de
Formación del Distrito
La Salle Argentina-
Paraguay.

SINODALIDAD PARA ERRADICAR EL CLERICALISMO

HNO. SANTIAGO RODRIGUEZ MANCINI

Desde los tiempos de Jesús, la base de los seguidores hemos sido siempre laicos. Y desde muy temprano, entre esos laicos, hubo quienes hicieron del seguimiento y la misión una forma de vida consagrada, excluyente de cualquier otro compromiso. Era un modo de vivir como Jesús: sin familia, a veces sin domicilio fijo, sin trabajo fijo excepto el de predicar, en obediencia al Padre, en comunidad.

En el siglo XVI, cuando la modernidad naciente comenzaba a forzar a los campesinos a acercarse a las ciudades en busca de un trabajo, y la imprenta facilitaba el acceso a la cultura, la necesidad de la educación popular se hizo sentir como un problema al que había que dar respuestas nuevas. Muchas mujeres y varones se entregaron a solucionarlo creando muchas comunidades consagradas a esta tarea cultural comprendida como un ministerio eclesial.

En ese número, destaca San Juan Bautista de La Salle. Él intuyó que el problema no era meramente local y buscó la forma de organizar una institución supra diocesana. Él intuyó que el problema no era tanto la escuela sino la comunidad que pudiera sostener el esfuerzo de la red supra diocesana en el tiempo. Él intuyó que la escuela necesita una persona entera y que por eso, este ministerio de la educación cristiana debía ser laical.

Estas tres convicciones están a la base del nacimiento de la Sociedad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas que profesan, desde 1694, el

“voto de asociación para sostener juntos y por asociación las escuelas al servicio de los pobres”. Y, desde el comienzo, comprendieron que su tarea de formación de educadores y de sostenimiento de una red educativa, no se agotaba en los miembros de la comunidad sino que debían ofrecer una forma de comunidad abierta a la formación de maestros que, no formando parte de la misma, pero siendo formados en ella, pudieran sostener escuelas en poblaciones más pequeñas que no podían contratar los servicios de tres Hermanos (el mínimo requerido por el Señor de La Salle para abrir una comunidad).

Este Instituto, que llegó a ser comprendido como una congregación religiosa laical de derecho pontificio con el Código de Derecho Canónico de 1917, mantuvo siempre su condición exclusivamente laical sin dudas sobre su identidad. En la misma línea, desde el siglo XVIII y XIX, nacieron muchos otros Institutos semejantes como los maristas, los corazonistas, los menesianos, los gabrielistas, los taborinianos...

El Concilio Vaticano II, por influencia de un grupo de Hermanos maristas y lasallanos, en la *Perfectae Caritatis*, documento sobre la renovación de la vida religiosa, se introdujo un párrafo acerca de la inclusión de miembros ordenados en las congregaciones laicales sin que eso les hiciera perder su condición (PC 10). El Capítulo General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de 1966-1967 tuvo que estudiar el tema, muy presionado por miembros de la curia romana. El resultado

de largos y ricos debates fue un hermoso documento llamado *Carácter laical del Instituto*. El mismo, no fue solamente una reafirmación de una identidad sostenida por tres siglos, sino el manifiesto de una intención de promover al laicado a un protagonismo mayor en el ministerio apostólico de la educación cristiana.

Desde entonces, los lasallanos hemos buscado consciente y responsablemente los modos de compartir con los educadores seculares nuestra espiritualidad, nuestro estilo pedagógico pastoral y la responsabilidad en las estructuras de gobierno, administración y animación de las redes educativas. Y esto, buscando una participación en igualdad, sin restos de clericalismo (que también los religiosos y religiosas laicos podemos ser clericalistas).

En Argentina, el corazón de la misión compartida, fue la escuela normal del Marín, en San Isidro. Fundada en 1924, fue espacio de formación para jóvenes maestros que se integraban en las escuelas lasallanas. Posteriormente, se decidió que compartieran las aulas formativas los jóvenes normalistas con aquellos que se preparaban para ser Hermanos. Esto fortaleció vínculos de amistad que fundaban las posteriores relaciones al interior de las escuelas donde compartían misión y responsabilidades.

Así, en 1976, uno de aquellos maestros fue designado director de una sección primaria. Y desde entonces, en un proceso cada vez más extendido, más consciente y más fecundo, Hermanos y seculares lasallanos comparten no solo la dirección de las unidades educativas sino también la responsabilidad final en las instituciones que estructuran la actividad "congregacional": la asociación civil propietaria de las escuelas, la fundación que busca decir una palabra en la sociedad civil.

Pero, yendo todavía más allá, fue en 2001 que, tras una participación progresiva de grupos de seculares en varios de los Capítulos de los Hermanos durante unos diez años, decidimos la creación de un espacio en el que Hermanos y seculares pudiéramos debatir y decidir la orientación pedagógica pastoral y administrativa de nuestra Provincia en pie de igualdad. A eso lo llamamos Asambleas Distritales.

Y desde entonces se han sucedido ocho de estas asambleas en las que delegados de las obras educativas y de otras instituciones participan junto a los Hermanos para orientar períodos de acción (a veces de tres, a veces de cuatro, a veces de seis años). Para evitar que las diferencias numéricas de las distintas asociaciones (hoy en día son seis las personas jurídicas que agrupan los espacios pedagógico pastorales de nuestra provincia religiosa), independientemente del número de delegados a la asamblea, cada institución tiene solo un voto (así, hoy, sólo hay seis votos).

Esta es una historia abierta

Nuestro propio camino nos enseña que no solemos poner el carro delante del caballo. Es la experiencia la que nos lleva a la construcción de las estructuras, institucionalización que intenta

custodiar los valores alcanzados y dejar libre la fuerza instituyente que nos conduzca hacia el siguiente paso. En ella, todo resto de rigidez busca siempre ser cuestionado desde la inspiración basal de la asociación para el servicio educativo de los pobres tal como la comprendemos en nuestro Horizonte Distrital (texto redactado en 1998 como orientación tras la creación de la unidad llamada Distrito de Argentina Paraguay). En su texto encontramos todavía inspiración y un programa de múltiples horizontes más específicos que nos han llevado a realizaciones siempre más audaces y que nuevamente desafían a superarlas en el diálogo con la historia.

Hemos podido reflexionar y redactar, participativamente, el horizonte de la formación de Hermanos y Seglares y buscar, juntos, múltiples modos de desarrollarla (2001-2003). Además, hemos podido desarrollar la reflexión sobre la economía de asociación durante varios años (2001-2012), escribir nuestro horizonte y trabajar en el proyecto de la centralización económica y zonificación administrativa. Y encontrar que aquí todavía hay camino por delante.

Hemos pensado y repensado el significado de la cultural vocacional y la pastoral vocacional originando múltiples líneas de acción. Hemos trabajado muchas formas de animación de la pastoral educativa buscando cómo superar las dicotomías, cómo generar una propuesta didáctica propia en la línea de las comunidades de aprendizaje y el aprendizaje cooperativo, un estilo de catequesis escolar propio, unas formas de pastoral juvenil propias. Nos queda mucho camino de reflexión, formación y acción por este lado.

Tenemos pendiente una reflexión que nos lleve a un Horizonte de la Nueva Comunidad Lasallana. Muchas experiencias han sido realizadas y algunos ensayos de escritura en distintos momentos. Las nuevas comunidades de socios seculares, nacidas durante la pandemia, parecen ser los espacios privilegiados para este camino, pero todavía es difícil definir cómo y cuándo. Hablamos de una espiritualidad encarnada. La hemos llamado espiritualidad de ojos abiertos, siguiendo a J. B. Metz. Nos queda mucho camino de práctica y reflexión para poder caminar hacia este horizonte.

El quinto desafío de la Asamblea Eclesial Latinoamericana dice: "Incrementar la formación en la sinodalidad para erradicar el clericalismo." Creemos que el camino que emprendimos hace tanto tiempo y que hoy en día tiene estas formas, resulta fecundo para esto. Formar en la sinodalidad es caminar juntos discerniendo y tomando decisiones juntos, para obedecerlas juntos y revisarlas juntos.



Oscar Campana

Profesor de teología y escritor (oscarcampana@gmail.com).

Desafío

8.

Reformar los itinerarios formativos de los seminarios incluyendo temáticas como ecología integral, pueblos originarios, inculturación e interculturalidad y pensamiento social de la Iglesia.

¡A ESTUDIAR! ¡QUE CHOCAN LOS PLANETAS!

La iglesia, la pastoral y la aporía del saber

OSCAR CAMPANA

Viñetas

§ 1. *Mediados de la década de 1980. Años post-dictadura. Seminario catequístico en la Ciudad de Buenos Aires. Materia: Antropología teológica. Tema: El origen del hombre.*

Luego de varias clases en las que abordé la cuestión de la creación del hombre, en diálogo con el estado actual de la ciencia (léase: evolucionismo), una alumna un par de décadas más grande que yo, se puso de pie y me dijo: “Vengo de participar de un Curso de Cultura Católica en la Universidad Católica Argentina, y allí nos dijeron que si en la Iglesia oímos de alguien que enseñe lo que vos acabás de enseñar, debíamos denunciarlo”.(1)

A decir verdad, cuando hizo ese comentario no era ganada por un afán de denuncia. Más bien, estaba perpleja, atrapada en la contradicción a la vez racional y emocional entre la autoridad de una institución aparentemente indiscutible(2), por un lado, y el discurso de un docente que con absoluta honestidad intelectual trataba de abrir un caminito en medio de la maleza de tanta de-formación heredada.

Más allá de mi primera respuesta, irónica y visceral(3), la conversación con ella y con todo el grupo derivó hacia cuestiones como la verdad, el diálogo fe-ciencia, el carácter mítico de los relatos bíblicos, etcétera.

No hay nada como remontar una clase: a veces son las mejores ocasiones para esa dialéctica de la enseñanza y el aprendizaje.

§ 2. *Fines de la década del '80. Un barrio del tercer cordón del conurbano. Actividad: un seminario intensivo y popular de análisis de la realidad. Destinatarios: jóvenes de las capillas del barrio.*

En algún momento del fin de semana, vino a visitarnos un seminarista de esa populosa diócesis. Nos pusimos a conversar. Abre su mochila y saca de ella un libro casi legendario: *El pueblo, ¿dónde está?*, una publicación de los Sacerdotes del Tercer Mundo de Capital Federal, de 1975, que el consenso actual atribuye mayormente al sacerdote Rafael Tello, inventor, entre otras cosas, de la Peregrinación Juvenil a Luján. También me mostró alguna publicación de Lucio Gera, otro sacerdote y teólogo argentino, sobre evangelización de la cultura y pastoral popular.

Al mostrar esos escritos, lo que exponía, en realidad, era su identificación con una perspectiva eclesial, pastoral y teológica. Y luego me hizo este comentario: “En el seminario nos hacen leer a autores como Walter Kasper... Esa teología nos aleja del pueblo”.(4)

Atiné a decirle que puede que haya teologías que nos alejen del pueblo, pero que la cercanía o lejanía del mismo no pasaba sólo por lo que

estudiáramos. Que, aunque a él le resultara paradójico, la lectura de Kasper había sido mi puerta de ingreso a la teología latinoamericana, aunque en su cristología no citara a ningún teólogo de nuestras tierras. Que Tello y Gera se quemaron las pestañas leyendo a teólogos europeos.⁽⁵⁾ Y que la cercanía al pueblo no podía ser la excusa de nuestra pereza intelectual.

Después nos pusimos a hablar de fútbol...

§ 3. Mediados de los años '90. Pasillo de un profesorado de filosofía en el que estudiaban, entre otros, candidatos al sacerdocio de varias congregaciones religiosas.

Uno de ellos me comenta, preocupado, que su "formador" le dijo que la bibliografía de mi programa de Cristología era tendenciosa. Que leyera otras cosas. Que si no, podía terminar como "W. M.". "¿Cómo terminó W. M.?"⁽⁶⁾, le pregunté. "Pirado", me dijo. "¿Vos lo conociste?", quise saber. "No", contestó. Tras recomendarle que no opine sobre ausentes y personas que desconocía, le pregunté su edad: "22 años", me dijo. Le comenté que, a su edad, en cualquier universidad pública ya habían leído a Marx, a Nietzsche y a Freud (los "maestros de la sospecha", según Paul Ricoeur). Y que lograban sobrevivir a ello. Pero que hiciera lo que le pareciera bien...

Años después, antes de los votos, dejó la congregación. Me agradeció aquel diálogo. Con el tiempo supe que estudiaba alguna carrera en una universidad pública.

§ 4. Mediados de la primera década del siglo XXI. Un seminario catequístico (otro) de la Ciudad de Buenos Aires. Materia: Antropología teológica. Tema: El "pecado original".

Desde que comenzó el dictado de la materia, había una alumna, ya de mi edad, que confrontaba todas mis afirmaciones con el Catecismo de la Iglesia Católica en la mano. Luego del desarrollo del tema, cuando yo proponía una síntesis del mismo, muy malhumorada me escupe esta pregunta: "¿Usted cree en el

Demonio?" "No", le contesté. "Y supongo que usted tampoco. Porque la fe es abandonarse en alguien. Y su destinatario no puede ser el diablo, sino sólo Dios".

Fue la última endemoniada clase a la que asistió.

§ 5. Hace apenas semanas. Reunión en una diócesis del Gran Buenos Aires. Asunto: repensar los espacios formativos de esa iglesia local.

En un momento diagnóstico-catártico, uno de los sacerdotes presentes cuenta su propia experiencia vinculada a la formación teológica recibida: "Tuve que estudiar todo de nuevo", dice, "porque sobre infinidad de temas no teníamos la menor idea y no habíamos recibido ni la más mínima información. Y a la hora de enfrentar la realidad a la que la pastoral nos abre cada día, no sabíamos qué hacer." Entre esas cuestiones mencionó al psicoanálisis.

Qué inconsciente...

Desde chiquito...

Mi adolescencia transcurrió, entre otras pertenencias, en la "acción católica". Allí repetíamos hasta el cansancio la trilogía "oración-formación-acción". Para esa época, segunda mitad de los '70, se había colado el "sacrificio". Infaltable a la hora de orar, formarse y actuar. Pero sin lugar a dudas, la actividad central era la formativa. Pertenecer a un grupo de acción católica suponía la asistencia a la reunión semanal de formación, donde el delegado del espacio (un laico) proponía y desarrollaba un tema, con la infaltable presencia del asesor (un sacerdote). A esto se sumaban actividades diocesanas (cursos de dirigentes, encuentros, retiros) que transitaban los mismos carriles. Solía ser una ironía habitual referir que el estudio era tanto que a la acción no llegábamos nunca.

Aunque la formación recibida solía ser muy endogámica (textos del magisterio, escritos y charlas de asesores o dirigentes de la institución), con el tiempo supe que dedicar tiempo, mucho tiempo, a la misma, siempre era un acierto. "Inter folia, scientia", me dijo una

vez uno de los decanos de la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina que me tocó en (mucho) suerte(7): algo así como que en la lectura y el estudio, entre las páginas, afloraba el conocimiento.

Lejos de mí alentar un modelo formativo desvinculado de la praxis. Sólo quiero dejar en claro que el estudio, la lectura y la formación, son bellas palabras que me acompañaron siempre.

Aclarado esto, trato de recopilar algunas conclusiones que las viñetas insinúan.

De muestra, un(os) botón(es)

Quien haya recorrido los espacios formativos de nuestra Iglesia, desde las formales aulas de una universidad hasta los salones y los patios de parroquias, capillas y colegios, podría referir un sinnúmero de anécdotas que nos devolverían una cartografía en la cual pueden hallarse muchos *topos* comunes:

- *El dogmatismo*, que, contra la intención de sus actores, anula la credibilidad de la fe, al entender que de lo que se trata es de conocer y aceptar sin chistar una serie de verdades inmutables, indiscutibles e in-dialogables. Y desde allí, arremeter contra “el mundo”, ese enemigo irreductible con el que nada hay que negociar.
- *El anti-intelectualismo*, que en nombre de la acción y de la dedicación a las causas más nobles termina por destruir los puentes que llevan de la fe a la palabra. Y de la palabra a la fe.
- *La falta de escucha a nuestro tiempo*. Si bien el mensaje de Jesús tiene en toda época una dimensión contracultural, hacer de esta dimensión la razón de ser de la evangelización es negar la lógica de la encarnación, que asume el lenguaje de un tiempo y un lugar para llevarlo más allá de sus propios sueños. Decía Jacques Lacan –¡perdón!–: “Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de la época”.(8)
- *Una desacertada concepción del magisterio*. Pensar que los documentos eclesiales vienen a cerrar discusiones, es poner el carro delante del caballo. A lo largo de la historia, la enseñanza “oficial” de la Iglesia se nutrió siempre de los debates de su tiempo. Con mucha más sabiduría que en los últimos siglos, en otros tiempos la Iglesia reconoció, junto al magisterio de los obispos, el de los teólogos, es decir, la enseñanza de aquellos que dedicaban su vida al desafiante diálogo de la fe con la razón (¿subjetividad?) de su época. Creer que algunos textos (códigos, catecismos, compen-

dios) resuelven cuestiones, cierran discusiones y allanan el día a día de la acción, no derivará en otra cosa que en nuevas frustraciones pastorales.

- *El desprecio por las mediaciones*. La Biblia, la enseñanza histórica de la Iglesia, las múltiples formas del lenguaje teológico y pastoral, no dan cuenta, por sí solos, de la complejidad del mundo y la vida. La genialidad del cristianismo antiguo radicó, entre otras cosas, en la capacidad para decirse a sí mismo desde el saber “pagano” de entonces. Una formación teológica y pastoral que no se abra y que desprecie los múltiples caminos del conocimiento, el vasto universo de las ciencias humanas y sociales, el apasionante camino del lenguaje y de los modos de la comunicabilidad de la hora, sería una formación desencarnada y hueca, más allá de la virtuosa voluntad que la sostenga.

Cada uno agregará a esta lista los frutos de su propia cosecha.

Otra formación para un tiempo otro

En el contexto de la Primera Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe, de los llamados “grupos de discernimiento” surgieron doce desafíos pastorales. Aunque deben ser mirados complejivamente, vamos a detenernos en el octavo, que hace esquina con esta nota: *Reformar los itinerarios formativos de los seminarios incluyendo temáticas como ecología integral, pueblos originarios, inculturación e interculturalidad y pensamiento social de la Iglesia*.

Sin dudas, nadie negará la importancia de incorporar a los “itinerarios formativos” cuestiones lacerantes del tiempo en que vivimos. Pero la urgencia de los desafíos y su formulación imperativa las más de las veces no reparan en las condiciones mínimas que su implementación exige.

¿Quién dijo que en los centros de formación teológica y pastoral hay capacidad de dar respuestas a desafíos cómo la “ecología integral”, los “pueblos originarios”, y etcétera, etcétera?

Y aquí se plantean, al menos dos cuestiones. La primera: ¿debe la Iglesia –su discurso público, su praxis pastoral– abarcar todos los desafíos que se plantean en su tiempo? Y la segunda: ¿tiene con qué hacerlo?

Grandes eventos y documentos eclesiales –indiscutibles tanto en su intención como en su formulación–, suman problemáticas, desafíos, planteos, que superan en mucho a las posibilidades de la institución que los enuncia. El mandato de tener una respuesta para todo, deriva en una acumulación casi patológica de frustraciones.

Estamos en 2022 planteando que los itinerarios formativos “de los seminarios” deben incorporar el “pensamiento social de la Iglesia”...Si tomamos como punto de partida la *Rerum Novarum* de León XIII, el magisterio social de los papas tiene ya 131 años. Y la enseñanza social de la Iglesia, 2000. ¿Qué trámite hay que hacer, y dónde, para que los seminarios incorporen el tema?

¿Realmente creemos que tenemos agentes calificados y formados para aportar saber sobre temas como “pueblos originarios y ecología integral”? Si estuvieran, si no los hubiéramos expulsado de nuestros espacios formativos, no estaríamos hablando de esto.

Solía decir el padre obispo de Viedma, Miguel Esteban Hesayne, que la conversión que no tocaba el bolsillo, no había llegado al corazón. Valga la metáfora para decir, referido a nuestro tema, que es más fácil declamar la necesidad de formarse en tales o cuales problemáticas que tomar la decisión política de destinar presupuesto para una tarea que siempre es una apuesta al mediano y al largo plazo.

Pareciera que, cíclicamente, la Iglesia lava su conciencia invocando indiscutibles y urgentes temas de época, sin acusar recibo de su propia responsabilidad en la falta de respuestas frente a ellos. Y sin evaluar el profundo déficit que al respecto ella posee en la formación de sus agentes pastorales. Paradójico –al menos, y siendo ingenuos...– en la institución “privada” que más centros educativos posee en nuestro país...

Inevitablemente, volvemos al apartado anterior (*De muestra, un(os) botón(es)*), al menos para entender que no es suficiente el voluntarismo de las declaraciones y los documentos para suplir lo que no tenemos, lo que no hemos construido, ni lo que –en algunos casos– hemos destruido.

Ojalá que el plantearnos desafíos heroicos, épicos y políticamente correctos sirva para encender el fuego que nos anime a sentarnos en torno al inagotable fogón del saber y el saber hacer. O que encienda las llamas en las que incendiemos, de una vez por todas, el lastre que nos impide ser.

Notas:

1. Me imaginé esta escena: la alumna en cuestión sale raudamente del aula y se dirige a la comisaría más cercana. Allí un oficial escribiente le toma la denuncia: “Un masculino, morocho, barbado, afirmó que un tal Dárguin desmintió a Moisés...”

2. Los “Cursos de Cultura Católica” se iniciaron en 1922, ¡hace ya 100 años!

3. Le pregunté si la persona que dijo eso todavía estaba en libertad...

4. Walter Kasper es un teólogo alemán. El principal referente en las últimas décadas de la histórica Escuela de Tubinga. Algunas de sus obras, como por ejemplo *Jesús, el Cristo*, se han convertido en clásicos de la renovación teológica post-conciliar.

5. Lucio Gera –que había hecho su tesis doctoral en Alemania en los años '50, que fue perito en la IVª Sesión del Concilio Vaticano II, que luego integró la Comisión Teológica Internacional–, sobre todos los idiomas que manejaba, a mediados de los '60 decidió estudiar holandés, para poder leer las obras de Edward Schillebeeckx en su idioma original... Me lo contó Ricardo Ferrara.

6. “W. M.” era un ex-sacerdote de su congregación, que incluso llegó a ser superior provincial de la misma. A los 49 años decidió abandonar su consagración religiosa. Hasta ahí, una historia como tantas, si no fuera porque redactó un perturbador escrito de tres páginas en el que esgrimió los motivos de su salida...

7. Fueron dos: Lucio Gera y Juan Carlos Maccarone.

8. En “*Función y campo de la palabra*”, de 1953.



Daniela Francesconi

Maestra, catequista,
periodista.

Integra el equipo de
Formación en Línea del
Instituto Pastoral de la
Adolescencia

CON LA FUERZA ARROLLADORA DE TU ESPÍRITU...

DANIELA FRANCESCONI

...todas las mañanas voy a la escuela cerquita de casa, rezando en el camino la realidad que promete el día. No hay cruces en la puerta ni vitrales con imágenes de los Evangelios, no hay santo patrono, no hay oración de la mañana ni catequesis que planificar, no hay religioso ni religiosa en las inexistentes galerías, ni liturgia que celebrar. Aquí se llega a través de un acto público y el puntaje es la llave de tus posibilidades.

Entre tantas palabras que circulan en las aulas, en todas ellas, estás hablando. No sé si a mí directamente, pero algo nos conocemos e intuyo tus intenciones. Aquí casi no se te menciona, pero estás presente en todo. Y siento cierta complicidad al descubrir tus formas implícitas de manifestarte. Te pronunciás con ese modo tan tuyo de encarnarte en lo humano. Por eso lo cotidiano es evidentemente tu escenario preferido... "La Palabra era Dios"

"¿Quién sos?" leo en la pared descascarada. "¿Quién dicen que soy?" le retruco a este Jesús encarnado en mi nueva escuela. Parece que solo vos y yo entendemos a qué viene esa pregunta. Quiénes son, me murmurás y entonces me corrés del contenido de la clase para que mire sus rostros y escuche sus palabras. No hay tiempo, te contesto. Pero "¿quién de ustedes, por mucho que se inquiete, puede añadir un solo instante al tiempo de su vida?". Y me invitás a pensar en la identidad espejada en sus palabras. La identidad de tantos chicos y chicas que tienen sus palabras rotas, quebradas, manoseadas y están fortalecidas de espontaneidad y transparencia. Aquí se dice lo que se es. Por eso a veces es tan duro escuchar y tomarse el tiempo para decirse.

Lo sagrado se vislumbra en la oportunidad de las relaciones humanas, en la disposición contemplativa de las realidades más apremiantes, en la lucha porque se modifiquen el sentido de las palabras o se las piensen en relación a los posicionamientos y estereotipos que esconden, de manera que no se reproduzcan formas que, sin ingenuidad, amordazan la libertad de ser. Lo sagrado surge del esfuerzo para que se respete el derecho a aprender cuando los recursos son escasos y demandan acciones conjuntas en busca de generar iguales condiciones. "Señor, me diste cinco bolsas de oro; mira he ganado otras cinco", algo bueno haremos con lo que nos diste.

El refrigerio que manda el ministerio no alcanza para todos. Y para acceder a ese "beneficio" hay que embarcarse en otro trámite online imposible para quienes no cuentan con internet. Tampoco tendrán entonces el sándwich. El pedido no sucede y la necesidad se encajona en un escritorio o en la memoria de un teléfono sin datos. "¿Quién de ustedes si su hijo le pide pan, le da una piedra?" Y cada día escucho "¿Sobró uno para mí, señor?" No alcanzaron. Entonces cada mañana sucede el milagro: partimos trozos que alcanzan para todos y ponemos en común las mandarinas cuyos gajos se multiplican generosamente. Somos veintisiete y los sándwiches son diez. Mientras observo esa realidad recuerdo con poca claridad que eran cinco panes, dos pescados ¿no? Pienso que el número es el símbolo de lo poco con lo que se cuenta. Poco que se hace mucho cuando se multiplica al compartir. Cinco panes, dos pescados, un sándwich y una mandarina. Para que cada familia anote a su hija o hijo para recibir esa beca debe ingresar a un link, subir la imagen de su DNI, constancia

de alumno regular, recibo de sueldo y esperar a que el milagro suceda. Esos requisitos también parecen muchos y multiplican la inequidad del presupuesto destinado a darles algo de comer. “Denles ustedes de comer” decís cuando alguien propone que los docentes asumamos la tarea de ingresar los datos de cada uno, de cada una, para que se puedan conseguir las tantas viandas que faltan. Sé que ves esos rostros que desean lo que no alcanza. Son niños y niñas. Entonces te pienso con fuerza y también estás ahí cuando cada pedazo repartido parece saciar el hambre. “Felices los que ahora pasan hambre, porque serán saciados. Felices los que ahora lloran, porque reirán”. Habrá que esperar.

Saber esperar no es cosa fácil, pero ejercitamos la esperanza todos los días. Un paso a la vez, respirando en cada intervalo, parece duro, pero la cosa va fluyendo entre abrazos atolondrados y barbijos gastados. La necesidad fuerte de la escucha se siente a gritos desordenados que parece indisciplina, pero si uno agudiza el oído la necesidad está ahí, pidiendo silencio para ser escuchada. Son muchas las voces y la realidad parece confusa, el mensaje está complicado, no entiendo, pero veo sus rostros solo mirando, mientras mueven sus bocas. “Jesús se detuvo y les habló: ¿qué quieren que haga por ustedes? Respondieron: Señor, que nos abran los ojos” Pido silencio, necesito pensar ¿por qué historia empiezo? No puedo escuchar a todos a la vez. El que más demanda no siempre es el que más necesita. En los rincones silenciosos de las aulas, los bancos parecen absorber los cuerpos de quienes desean de alguna forma desaparecer. Se los va tragando la vida y tratan de no molestar con su presencia. Parece que así se sobrevive más fácil. Apenas un renglón escrito, pero un montón de símbolos garabateados en los márgenes de la hoja ¿qué querrán decir? En las periferias siempre hay un lugar.

Luego de la pandemia, ellas y ellos parecen haber quedado desordenados, sin percepción de dónde terminan sus cuerpos y empieza el del otro, de dónde frenar la patada para que no duela, ni el forcejeo para no dar contra el piso. “La mancha” se ha vuelto casi mortal. Y el deseo de correr sin rumbo se ha tornado indispensable. Algo de vértigo hay en aquella multitud que corre y se amontona, que no percibe el daño posible, ni registra el roce que lastima. “Ves que la gente te está apretujando y preguntas ¿quién te ha tocado?” me recordás y pienso en cómo se educa la percepción del otro, la consideración de su existencia, la sensibilidad que permite sentir la fragilidad y vulnerabilidad de otro u otra que apenas te roza.

En mi comunidad de fe, la reunión comienza con una oración precedida por la señal de la cruz y el silencio tenue que antecede a la lectura de la Palabra. Comprendo ahora que ese inicio es un tiempo bisagra, una transición, un puente, un separador de la vorágine cotidiana que invita a disponerse distinto a aquello que sucederá. La oración es la entrada breve, suave y cálida que el Espíritu impregna en el tiempo para disponernos a estar en Él. Para acallar ese diálogo interno incesante y estar ahí, contemplando en sabia espera, aguardando con el corazón dispuesto el momento oportuno para poner en palabras lo que la compartida proponga. Se hace así fecunda la reunión, orientada a discernir comunitariamente, el mejor provecho de lo que se pretende pensar, resolver, y decidir. Pero también, en otros ámbitos, he vivido intensos desencuentros y automatismos sin sentido a pesar de haber arrancado el encuentro con un Padrenuestro. “El viento sopla hacia donde quiere: oyes su rumor, pero no sabes de dónde viene ni adónde va” por eso ahora te llamo en mi silencio hecho oración personal y convoco al viento de tu Espíritu para que nos anime el caminar.

Al final de la jornada cruzo ese patio tan remendado, cosiendo tareas en el tiempo que resta. Sumo voluntades que se ofrecen en el camino y sonrío agradecida la mano que se me ofrece. No hay duda que estás encarnado en la vida que compartimos, tan intensa y profunda, tan oportuna para manifestarte y hacerte certeza... “Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor” por supuesto, Señor.

Por eso la fe se me ha vuelto un enorme regalo por obsequiar. “Tu fe te ha salvado. Vete en paz” pienso cuando ya se van. Quiero regalarles la fe sin decirles tu nombre ¿o sí? Sé que ella será la fuerza arrolladora que entusiasma y el bien que anima a encontrarle sentido. La fe será la convicción de que podemos con lo que sucede y será la confianza de saber que estás aquí y permanecemos en vos siendo una multitud que te busca, tal vez sin darse cuenta. Nos mirás, nos llamás, y en el bullicio pronunciado de la humanidad, se hace presente tu Espíritu, el Dios-fuerza que nos promete “Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo»

Pensaste que te había olvidado, sin embargo, estás aquí y nosotros en vos, para siempre.

**Estela Bereau**

Docente jubilada,
exalumna del IPA,
catequista y misionera.

MI SEGUIMIENTO DE JESÚS Y EL IPA

ESTELA BEREAU

Cuando cuento mi experiencia de encuentro con Jesús, mi camino de conversión, mi trabajo gozoso en la docencia, el IPA y su gente, surgen en mi memoria como un faro que guió mis pasos e iluminó toda mi vida de fe. El primer sentimiento que aparece cuando recuerdo mis años de alumna, es de gran alegría por sentirme estudiante nuevamente en esa institución. Llegan imágenes de felicidad por los compañeros y docentes que estaban en la misma búsqueda que yo: conocer y amar más a Jesús para seguirlo mejor y poder acompañar con más coherencia a los jóvenes y adolescentes en sus itinerarios de fe. Mi intención y la de los que empezamos ese año la carrera de profesorado en catequesis no era simplemente obtener un diploma, sino aprender a abrazar a nuestros catecúmenos con toda su historia y su realidad y crecer con ellos en esa tarea a la que nos llevó nuestra vocación.

Profundizando los recuerdos surgen las semillas de conversión que profesores, Hermanos del La Salle, laicos, sacerdotes y religiosas sembraron en mí. Fueron germinando y dando frutos en numerosas actividades pastorales, en diferentes ambientes y en mi hogar como madre en la educación de mis hijos.

Nacida en una familia que me transmitió una fe sencilla pero puesta al servicio de los que me necesitaban, comencé desde la adolescencia a dar catequesis valiéndome de los conocimientos rudimentarios que tenía. Del

grupo parroquial de comunión, confirmación y "perseverancia", así como lo llamaban, pasé a acompañar al cura de mi parroquia que marcó mi camino de fe con su testimonio de vida, primero y con sus enseñanzas sobre el Concilio Vaticano II, después. Era la primavera de la Iglesia que coincidía con mi etapa personal adolescente y con el trabajo de misión en barriadas populares cercanas a mi casa. Fueron varios los sacerdotes que me acompañaron en ese despertar en la fe pero me permito nombrar al padre Alfredo Trusso como homenaje a un ser humano austero, firme, amorosamente exigente que puso en mi corazón el ardor misionero para estar al lado de los enfermos y los más necesitados. En esas misiones descubrí la importancia de la comunidad y la renovada cara de una iglesia en comunión que hacía opción por los más pobres y los jóvenes. Esto fue como una explosión en mi vida. Luego de terminado mi profesorado en lengua francesa, entré en una vorágine de trabajo en escuelas, institutos, grupos cristianos y con más intensidad en mi casa donde fueron naciendo los hijos. Mi "ser catequista" se definió mucho más con ellos. Nos preguntábamos con mi marido qué respuestas podíamos dar a los chicos, si nosotros teníamos una fe endeble que se diluía frente a los acontecimientos difíciles de la convivencia diaria o entre tantos signos de muerte que atravesábamos como país en los años 70 y 80. El trabajo en parroquias, la asistencia a cursos, retiros, encuentros y ensayos de vida en comunidades comprometidas nos hicieron crecer como familia, como docentes y acercarnos más a ese camino evangélico de seguimiento de Jesús.

Mi título docente me habilitaba para dar catequesis en los cursos de escuela secundaria pues había estudiado pedagogía y psicología pero necesitaba algo más: conocer en profundidad la pedagogía de Dios, descubrir al Señor en cada hermano y encontrar estrategias y prácticas evangélicas para acompañar la fe y responder a los interrogantes vitales de los jóvenes que me habían confiado.

A fines de los 80, cuando ya era docente con cierta experiencia, habiendo recorrido varias instituciones educativas, distintos ambientes, habiendo acompañado a cientos de jóvenes a misiones, jornadas, campamentos y convivencias, tomo conciencia de la necesidad que sentía en mi interior de buscar más elementos para profundizar ese seguimiento del Jesús que decía conocer y amar. Me faltaban conocimientos para entender la realidad del mundo joven, la de mi país y la de la iglesia que había abandonado a esa juventud, dejándola sola frente a la violencia y a la cultura de la muerte. Poco conocía de las fortalezas de la iglesia latinoamericana, incomprendida por una Europa que ya estaba de vuelta del mensaje cristiano, con templos convertidos en museos, jóvenes indiferentes y estructuras cada vez más rígidas alejadas de ese Concilio que me había deslumbrado en mi adolescencia. Ahí aparece el Instituto Pastoral de la Adolescencia en mi vida. Allí descubro una pedagogía que pone al adolescente en el centro, se interesa por sus necesidades y se ocupa de mostrarme una mirada integral sobre la vida del ser humano en esta etapa. Aparece Latinoamérica con todas sus riquezas y también con sus luchas para ser considerada, estudiada y comprendida en su contexto cultural.

Comencé a hacer cursos de formación de animadores, jornadas en las que nos ofrecían una mirada integral sobre los adolescentes, en las que todo lo que vivían los chicos y chicas era motivo de reflexión y estudio serio. Los hacíamos con mi marido a quien, al no ser docente y no haber trabajado nunca en instituciones educativas, le abrieron un panorama de comprensión y tarea fructífera en nuestro grupo familiar. Ahí, en nuestro querido IPA y en La Crujía de la calle Viamonte nutríamos nuestras ansias de saber más para caminar con los jóvenes que nos necesitaban. Vienen a mi memoria nombres como Luis Combes, el Hermano Genaro, la Hermana Beatriz Casiello entre tantos verdaderos catequistas y profetas de aquellos tiempos. Muchos compañeros y "maestros de vida" nos transmitieron ese entusiasmo amoroso por caminar con adolescentes y nos permitieron hacer la síntesis de fe y cultura que tanto buscábamos.

Ya con varios años como alumna del IPA, surge la necesidad de complementar todo lo vivido con un itinerario continuo y sistemático como catequista. Tenía en ese momento todos los cursos de catequesis de un colegio secundario. Quería seguir aprendiendo y necesitaba encontrar nuevos lenguajes para los tiempos que ya empezaban a cambiar aceleradamente. Comienzo entonces la carrera de profesorado en catequesis, recién estrenada en el IPA.

¡Cuánta riqueza me aportaron las enseñanzas de los distintos profesores, psicólogos, pedagogos, agentes de pastoral, Hermanos, sacerdotes y religiosas, biblistas, docentes de cristología y eclesiología, compañeros de variados ambientes, catequistas geniales que hacían de las clases momentos únicos de encuentro que aún perduran en mi memoria!

En esos años de profesorado aprendí a abrazar las diferencias, la soledad, las rebeldías y las violencias de los jóvenes. Conocí el testimonio de compañeros catequistas del interior del país, de los barrios vulnerables, de los que habían vivido y trabajado en comunidades de base, de los que preparaban a los chicos para recibir los sacramentos en colegios privados o en escuelas parroquiales. Se crearon vínculos que nos abrieron el corazón y la mente introduciéndonos en un nuevo modo de ser iglesia que tenía muchas semejanzas con la que había experimentado en mis años de adolescente: una iglesia en comunión.

Cuando egresé del IPA, sentí que el Señor me había hecho un regalo único para mi vida. Me había dado los recursos espirituales y los saberes necesarios para profundizar ese seguimiento de Jesús que buscaba al comenzar el primer año.

Luego vinieron tiempos de intenso trabajo misionero. Acompañando a chicos y chicas a Catamarca y a Santiago del Estero. Conocí otras realidades, otras formas de vivir la fe y otras maneras de celebrar. Cada misión era un curso intensivo de humanidad, una inmersión en un mundo diferente en el que la soledad, el sufrimiento y la exclusión nos demostraba que alumnos y docentes éramos seres privilegiados que recibíamos mucho más de lo que podíamos dar. Fueron tiempos de tejer lazos indestructibles con la gente del norte. Aún hoy seguimos unidos con los amigos de Catamarca, proyectando un encuentro para festejar los 27 años de nuestra primera misión.

Los años pasaron y en el 2015 experimenté como misionera, el mejor broche de oro que podía tener mi tarea de catequista: fui a misionar 20 días a Mozambique. El sacerdote que nos acompañaba a Catamarca se instaló en Mangundze, región rural de ese país africano. Después de algunos años de vivir allí, nos pide organizar un retiro como los que hacíamos en Argentina con los alumnos de secundario. Estaba solo y no tenía gente ni tiempo para hacer un encuentro con jóvenes de las numerosas comunidades a las que asistía como pastor. Superamos todas las dificultades que se nos presentaron para realizar el viaje: aprendimos portugués, formamos un equipo que rodó el retiro durante 7 meses, ahorramos para los pasajes y el material que teníamos que utilizar y para allá partimos, mi marido y yo con 4 misioneras y un médico que también había acompañado varias misiones como estudiante.

Es muy difícil describir en pocas líneas lo que significó esta misión en mi vida. Una cultura diferente, un experimentar y sentir el amor de Dios en situaciones impensadas, formas de vivir y morir muy distintas a las conocidas. Descubrir las realidades de esos jóvenes y adolescentes fue una experiencia que quedó grabada para siempre en el corazón del pequeño grupo misionero. Aún hoy, cuando recuerdo los días pasados en la parroquia rural de nuestro amigo, me emociono y sigo albergando la secreta esperanza de volver algún día y encontrarme con tantos amigos para celebrar el amor de Dios como sólo ellos lo saben hacer: bailando y cantando con alegría en medio de tantas carencias y sufrimientos.

Trabajé como catequista y profesora orientadora en tres colegios. Fui muy feliz en la tarea docente con chicos de colegios privados, algunos con más recursos que otros. Pude tener la experiencia de dar clase en la enseñanza pública como profesora de francés. Aun cuando los conocimientos que transmitía eran lingüísticos, ponía en práctica diariamente esa pedagogía de la presencia que había aprendido en el IPA.

Dentro de mi tarea docente, siempre dejé un tiempo para dedicarlo a los más pobres, a los excluidos. Trabajé algunos años en un movimiento que organizaba encuentros de evangelización en zonas vulnerables. También los jóvenes de esos barrios me acompañaron en ese seguimiento del Señor. No en todos los casos era fácil descubrir la presencia escondida de Jesús en ellos: algunos eran violentos, indiferentes, adictos a varias sustancias, otros abúlicos o desafiantes, todos carentes de amor y necesitados de mirada. Sin saberlo, ya me estaba preparando para el trabajo que empecé casi en el mismo momento que me jubilé.

Ya había dedicado muchos años a la educación y catequesis de estudiantes durante el ciclo secundario. Mi voz interior me decía que tenía que dedicarme a aquellos a los que nadie tenía en cuenta. Se me dio la oportunidad cuando un sacerdote muy amigo de la familia que vivía en la villa 21/24 junto al padre Pepe di Paola nos invitó a la ya muy conocida misa del lavatorio de pies de Bergoglio, en ese entonces arzobispo de Buenos Aires. En esa ceremonia haría el gesto de servicio con 12 adictos al paco que vivían en los pasillos o en las avenidas cercanas a la villa. Ahí comienza la historia del Hogar de Cristo y mi historia de amor con su gente. Ese día se funda "Padre Hurtado", el primer dispositivo del hogar. A los tres días comencé con mi marido y una ex alumna a hacer encuentros con los que quisieran venir, los rotos, los adictos, los quemados por la droga, los enfermos y desamparados. Al principio eran pocos, 10, 12... que iban cuando podían para tener un plato de comida. Todos mis esquemas catequísticos se cayeron. No había estrategias ni recursos, dinámicas o juegos que pudieran llamarles la atención. ¡Y a mí me había pedido que hiciera encuentros de espiritualidad! ¡Cuánto hubiera necesitado a mis profesores del IPA! Nadie sabía nada. ¿Cómo tratar a estos chicos? ¿Cómo hablarles? ¿Cómo acompañarlos cuando estaban siempre provocando o en actitud defensiva o totalmente drogados?

Allí pusimos en acción todos los instrumentos que teníamos a mano: presencia, paciencia, respeto, recibir sin juzgar, poner en funcionamiento

el apostolado de la escucha, acompañar desde y en su realidad. Los íbamos a buscar por los pasillos, a sus casas o los esperábamos con comida, un baño y ropa limpia. La catequesis o los talleres de espiritualidad, como le llamábamos a los encuentros, se fueron armando poco a poco, no como nosotros queríamos sino como ellos los iban construyendo según sus necesidades. Los chicos comenzaron a confiar en nosotros, a abrir su corazón y recibir el afecto. Siempre teníamos algún episodio de violencia o alguna intervención inoportuna. Con el tiempo aprendimos todos a hacer de los encuentros un momento de paz durante el cual nos dejábamos amar por Dios para tomar fuerzas, ellos y nosotros. A los tres meses ya éramos varios voluntarios y un misionero de lujo que se puso la coordinación del hogar al hombro. Pasé por varios dispositivos del hogar: talleres de escritura y espiritualidad en el hogar de día, en las granjas de Rodríguez y San Miguel, en las casitas amigables donde vivían 2 o 3 familias en recuperación, en los institutos de menores con los adolescentes judicializados y, finalmente, hace ya 7 años que elegí acompañar a los más excluidos, incluso rechazados por toda la sociedad: varones y mujeres que están privados de libertad. Varios de ellos los recibimos adolescentes en el hogar de día. No pudieron rehabilitarse, la droga y el contexto los llevó al círculo infernal del delito. Los primeros años visité una vez por semana penales de provincia y Devoto en capital. Después de la pandemia me dediqué a los internos de nuestros centros barriales del penal de Devoto exclusivamente. Ahí estoy en este camino tratando de seguir las huellas de Jesús. No siempre puedo hacerlo, muchas veces no son tan nítidas y tan fáciles de descubrir. Pero siento que es en el hogar de Cristo en este momento que el Señor me pide que sirva y lo siga.

Él decidirá dónde debo hacerlo después. Sólo puedo agradecerle el privilegio que me ha concedido por ser parte de esta gran familia, por haber descubierto nuevamente un modo diferente de ser Iglesia.

Le agradezco por haberme dado la vida y ponerme en este camino para seguirlo con alegría, buscando el bien del otro, aun a costa del cansancio físico y del desprecio de los que no comprenden mi opción. Mi tarea provoca conflictos y rechazos, con frecuencia entre los más cercanos. Me falta paciencia y esperanza para acompañar algunas situaciones y hermanos. Pero sigo buscando la Verdad, creo que lo haré hasta el final de mi vida. Jesús no me abandona, pues Él me prometió que estaría conmigo hasta el final del mundo. Espero contar además con el acompañamiento de la comunidad, como lo hizo el IPA en una etapa importante de mi vida, para que mi fe siga aumentando y yo siga creciendo en humanidad.



Lidia Figari

Trabaja en la administración del Colegio De La Salle. Mamá y estudiante del IPA

SIEMPRE EN CAMINO POR LA SENDA QUE ME MARCA DIOS EN MI VIDA COMUNITARIA Y PASTORAL.

LIDIA FIGARI

Mi nombre es Lidia Figari, trabajo en el Colegio La Salle Buenos Aires y desde el año pasado soy alumna del IPA realizando el Seminario de Catequesis. Intentaré acercar con palabras un poco de mi historia como persona de fe; expresar mi propio andar por los caminos y designios de Dios hasta llegar al punto donde me encuentro hoy.

Mi punto de partida es responder a la siguiente pregunta: ¿Quién soy? ¿Cuánto tiene que ver Dios es esto? Si una persona me pregunta quién soy en un primer momento no sabría por dónde empezar. Pero, luego de reflexionar un rato, pienso que para poder responder a esa pequeña pregunta quizás debería responderme a mí misma o más bien visualizar de dónde vine, cómo comenzó, dónde empezó y bueno... allá voy...

Nací en el mes de agosto en un barrio de Buenos Aires y fui la primera hija del matrimonio compuesto por Delia y Miguel y terminé siendo su única hija. Vivíamos en la casa donde ellos vivían desde dos años antes y mis padres tenían diferentes actividades laborales que hacían que yo estuviera mucho tiempo con mis abuelos maternos.

Y acá arranca mis primeros recuerdos religiosos. Aunque por supuesto que estaba bautizada desde los primeros meses de vida. Mi abuelo

materno, Antonio, era religioso practicante, había sido criado en un colegio corazonista y él empezó a regar en mí la semilla de la fe que en primer lugar fue plantado por mis padres.

Si tengo que pensar en el origen del amor de Dios en mí fue a través del amor de mis padres y abuelos. Así se manifestó, así Dios se empezó a ser presente en mi vida, lo conocí por medio de mis padres y entre ellos y mis abuelos poco a poco fueron enseñándome a amar a Dios, a María y a Jesús. Así la luz de este amor comenzó a brillar en mí.

Con mi familia asistíamos a una parroquia cercana a nuestra casa y allí es donde comencé a los 8 años el proceso para mi Primera Comunión. Desde ahí quede ligada por muchos años a esa parroquia y a esa comunidad participando en los grupos de Acción Católica de los cuales conservo amigos entrañables.

Pasaron los años y me puse de novia con un hijo de alemanes que era luterano y comencé a tomar conocimiento de dicha religión. Cuando decidimos casarnos yo siempre quise que me casara un sacerdote amigo de mi madre que estaba en La Concepción de Av. Independencia. Así con su asesoramiento hicimos todos los

trámites necesarios en el Arzobispado para que yo católica pudiera casarme por iglesia con un No Católico. Esto incluía un juramento de mi futuro marido sobre su Biblia luterana que no iba a impedirme a mí ni a nuestros hijos profesar el catolicismo.

A los tres años de casada fui madre de mi único hijo, Matías, que fue bautizado católico y al cual siempre procure transmitir la fe como pilar en su vida. Cuando tenía dos años de edad ingresó al COLEGIO DE LA SALLE y ahí comienza otro capítulo en mi vida. Acá estamos hablando del año 1999.

A través del Colegio empecé a conocer el carisma que acompaña a esta comunidad y toda la obra que realizan los Hermanos de La Salle en Argentina. Al tiempo comencé a participar como voluntaria en la Fundación La Salle y un par de años después trabajé en forma permanente. La misma estaba precedida en ese momento por el Hermano Telmo Meirone. Él fue un puente en mi vida. Con su mirada y palabra precisa me llevo a ensanchar mi mirada y así yo pude ver las necesidades en el otro y hacer del camino de la Solidaridad mi vida.

Un día me acercó un texto de Jeremías cuando le exprese que estaba un poco dubitativa. Ese texto es el siguiente:

*“Antes de formarte en el vientre de tu madre te conocí;
antes de que salieras del seno te consagré;
como profeta de las gentes te constituí.*

Yo dije: ¡Ah Señor Yahvé, mira que yo no sé hablar, soy un niño!

Pero Yahvé me respondió:

*No digas soy un niño, porque a todos los que te enviaré habrás de ir
y todo lo que te ordene les dirás. No tengas miedo de ellos porque
estoy yo contigo para protegerte, oráculo de Yahvé”.*

Así aprendí que Dios es el portador de esperanza en un momento que la fe se puede hacer inestable y desde ese momento este texto me acompaña y releo prácticamente todos los días.

Pude ampliar mi mirada, mi horizonte y me animé a hacer voluntariado con niños y jóvenes de la escuela y me animé a ocuparme de algunos de los programas que brindaba la Fundación. Juntos descubrimos la

vulnerabilidad de las personas y quisimos hacer algo con eso. Empecé a entender que era esto de la Comunidad. Comencé a ser parte de este círculo de dar y recibir. A hacer Comunidad. Sentir en el corazón la gratitud del que recibe una mano, una mirada, una palabra hizo que yo me sienta parte del Reino de Dios y que lo importante de todo esto radicaba en no hacer las cosas solas sino en comunidad. La experiencia comunitaria es la que ayuda y sana.

Y desde ese lugar en el cual estuve mucho tiempo nacieron mis ansias de aprender, de saber más y fue así que realicé algunos cursos de formación sobre Solidaridad y voluntariado.

Así vamos acercándonos al hoy, donde sigo estando en la Comunidad desde otro lugar y hace unos años empecé a sentir la necesidad de transmitir, de evangelizar, de dar una palabra a otro. Pero no desde cualquier lado, sino desde el lugar donde está el carisma que quiero pregonar. Por esas ansias de más hoy estoy acá en el IPA para profundizar mi fe y prepararme como Catequista.

Hacía tiempo que quería entrar al Seminario y no me animaba, ya que las ocupaciones de trabajo y familia y, sobretodo, porque ya mi edad no estaba en el estándar de estudiante no me animaba y gracias a una charla con el Hermano Santiago Rodríguez Mancini me animé, entendí que nunca es tarde para seguir el camino señalado.

Hoy Dios está presente dentro de mí siendo el motor de mi existencia. Sentirme amada por Dios me llena de seguridad, de cuidado. La fe en el amor de Dios quita todos mis miedos, frase muy importante en mi vida

Tengo claro que Dios lleva mis pasos, me muestra el camino, me da serenidad y equilibrio, es el que marca mi camino de vida comunitaria y vida pastoral.

Desafío

9.

Renovar, a la luz de la Palabra de Dios y el Vaticano II, nuestro concepto y experiencia de Iglesia Pueblo de Dios, en comunión con la riqueza de su ministerialidad, que evite el clericalismo y favorezca la conversión pastoral.



Carolina Insfran

Laica, catequista, educadora y teóloga. Docente del Equipo del SAC - Barrios del IPA, Coordinadora Institucional de Pastoral del Colegio Claret, Docente de Sagradas Escrituras en el Profesorado de Don Bosco.

UNA IGLESIA DESENCORVADA DA GLORIA A DIOS

CAROLINA INSFRAN

El noveno de los doce desafíos pastorales de la Asamblea Eclesial Latinoamericana es el siguiente: *“Renovar, a la luz de la Palabra de Dios y el Vaticano II, nuestro concepto y experiencia de Iglesia Pueblo de Dios, en comunión con la riqueza de su ministerialidad, que evite el clericalismo y favorezca la conversión pastoral.”*

Renovar nuestro concepto y experiencia de Iglesia Pueblo de Dios puede transformarse en algo muy teórico; podríamos esgrimir numerosos postulados con argumentaciones a favor y en contra de lo que es y no es; pero, el sentido común de la Asamblea Eclesial Latinoamericana le puso un marco de referencia: “a la luz de la Palabra de Dios y el Vaticano II”. Y si éste desafío tiene esta urdimbre, cada punto tendrá que ser tejido en comunión con la riqueza de la propia ministerialidad eclesial; así, claramente se evoca la audacia propia del cristianismo primitivo y de textos e intuiciones claves del Concilio Vaticano II y, por supuesto, en la recepción que de él hace la Iglesia que peregrina en Latinoamérica.

Sin embargo, tomaré un camino un tanto más simple. Ofreceré una reflexión con algunas intuiciones, inacabadas por cierto, ya que la Asamblea Eclesial está en plena recepción y nos encaminamos al Sínodo de Obispos sobre la Sinodalidad; la sensación es que todo se

está haciendo y el Espíritu “sopla donde quiere”⁽¹⁾. Dicho esto, invitaré a quien lea esta meditación, a que podamos sumergirnos juntos en un texto que encontramos en el Evangelio según San Lucas. Ningún otro evangelista recoge este relato que en algunos casos es llamado de curación y en otros, de controversia; según el acento que se le dé a la lectura. La razón por la que elegí este texto es porque en su conjunto, nos muestra una fuerte conexión entre la palabra de alguien que recibe un don gratuitamente y la acción salvadora y profundamente misericordiosa de Dios para con su Pueblo a través de las palabras, los gestos y las acciones de Jesús.⁽²⁾

Tomo el relato de Lucas 13, 10-17 de la traducción de la Biblia del Pueblo de Dios:

“Un sábado, Jesús enseñaba en una sinagoga. Había allí una mujer poseída de un espíritu, que la tenía enferma desde hacía dieciocho años. Estaba completamente encorvada y no podía enderezarse de ninguna manera. Jesús, al verla, la llamó y le dijo: “Mujer, estás curada de tu enfermedad”, y le impuso las manos. Ella se enderezó en seguida y glorificaba a Dios.

Pero el jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús había curado en sábado, dijo a la multitud: “Los días de trabajo son seis; vengan

durante esos días para hacerse curar, y no en sábado". El Señor le respondió: "¡Hipócritas! Cualquiera de ustedes, aunque sea sábado, ¿no desata del pesebre a su buey o a su asno para llevarlo a beber? Y esta hija de Abraham, a la que Satanás tuvo aprisionada durante dieciocho años, ¿no podía ser librada de sus cadenas en día sábado?" Al oír estas palabras, todos sus adversarios se llenaron de confusión, pero la multitud se alegraba de las maravillas que él hacía."

Siempre que nos acercamos a un texto, ya sea bíblico o no, lo hacemos desde un modelo o paradigma de lectura (3), porque de alguna manera, a todos nos han enseñado *de qué manera leer* (4). Y como vivimos en una sociedad, tenemos un *marco de significado* (5) que contiene las construcciones simbólicas que nos proporciona el entramado sociocultural y religioso que habitamos para hacer dicha lectura. Es decir, cada persona que entra en contacto con el texto, lo hace desde sus propias vivencias, su cultura, sus creencias, su modo particular de ver el mundo, sus prejuicios. Así, mediante la lectura, el texto relaciona los contextos de las lectoras y lectores con los contextos del texto. Esto que parece un trabalenguas, no es más que decir que el texto bíblico se actualiza en cada lectura y actúa en quien lo lee.

Podemos preguntarnos entonces, ¿desde qué marco de significado leemos este texto? ¿Qué vemos en él? ¿Qué posibilidades tenemos de liberar al texto de nuestros condicionamientos para que nos hable e incluso hacerle preguntas incómodas?(6)

Cuando entramos en contacto con el texto, vemos a Jesús en su ministerio de Maestro porque está enseñando en un ámbito religioso: una sinagoga (7). Es un día sábado, en el que se observaba el descanso sabático según la Ley. En la sinagoga, había una mujer encorvada desde hacía dieciocho años y no podía enderezarse por sí misma.

Jesús la ve. Y no permanece indiferente. La llama e inmediatamente le asegura que queda libre de su enfermedad, incluso antes del gesto de imposición de manos. Ella se endereza, se reedifica, se reconstruye a sí misma (8) y comienza a glorificar a Dios por el don recibido. Sin

embargo, sucede una discusión sobre lo que está o no permitido hacer un sábado, sobre el orden religioso establecido.

Podemos preguntarnos aquí, cómo dar valor al milagro para que esta figura femenina no se nos pierda entre los márgenes y permanezca en el centro para que podamos contemplarla y tal vez, contemplarnos en ella.

¿De quién puede ser figura esta mujer? ¿Puede ser figura de cualquier persona que se sienta agobiada por una realidad que no le permita "enderezarse de ninguna manera"? ¿De varones y mujeres encorvadas bajo el peso de deberes sociales e incluso eclesiales? ¿De jóvenes que no pueden levantar el rostro? ¿De niños y niñas reducidos a servidumbre? ¿Tal vez de la Iglesia Pueblo de Dios?

Si ahondamos en el detalle de la enfermedad de la mujer, nos encontramos que era un espíritu el que la tenía afligida. Era común en ese entonces creer que las enfermedades eran causadas por espíritus o demonios; en este caso, la enfermedad no le permitía incorporarse y había durado mucho tiempo (9). En algunos casos, la enfermedad crónica era tan o más temida que la muerte, sobre todo cuando operaba como un factor de exclusión social, económico y religioso (10). A ello, se debe sumar la interpretación que se hacía de este tipo de dolencias como un castigo divino por conductas pecaminosas o inapropiadas: "la creencia asociada con un cuerpo doblado sobre sí mismo es que la persona no tiene buenas intenciones. (...) En este sentido, no deja de ser sorprendente que el relato lucano presente a la mujer aportando como primer dato que poseía un "espíritu de debilidad" (v l l), cuya manifestación visible es su incapacidad para ponerse derecha." (11) A esto se suma el hecho de no mostrar el rostro, de no poder mirar de frente y sabemos muy bien lo que eso significa también en nuestra cultura: quien no da la cara o no mira de frente no nos parece confiable, no podemos fiarnos de sus verdaderas intenciones.

A esta mujer, Jesús la mira, la ve. Y va a su encuentro. Le dirige la palabra. Y ese encuentro, definitivamente, la transforma: se vuelve visible; es capaz de erguirse sobre sí misma y, de estar callada, pasa a

tomar la palabra para dar gloria a Dios y, de hecho, es la única mujer en todo el Evangelio de Lucas que glorifica a Dios (12); ella reconoce públicamente de qué manera actúa Dios en Jesús. El encuentro con Jesús es un encuentro con la salvación de Dios.

Ante esta experiencia de infinita bondad, misericordia y ternura, ella glorifica a Dios en libertad, afianzando su fe en un Dios que sana y salva, sabiéndose recreada y reconocida en su identidad de hija de Abraham. Ya no es más la mujer encorvada, ahora es una mujer en relación con el mundo, con su fe, con su sanador. Ella que no podía verlo, desde la oscuridad de su anquilosamiento lo escuchó decir: "Mujer, estás curada de tu enfermedad"; y así fue. Ella escuchó no solamente que un hombre, un Maestro le habló palabras de Dios, sino que escuchó a la misma Palabra de Dios liberándola con su potencia creadora. Y ella, que estaba encerrada, ahora es una criatura que se manifiesta en éxtasis dando gloria.

Quisiera detenerme aquí, con esta imagen de la mujer con el rostro descubierto, mirando de frente, erguida, libre, glorificando agradecida porque Dios ha visitado a su Pueblo en su cuerpo restaurado.

Pensar y sentir la renovación de la Iglesia Pueblo de Dios puede tener esta imagen: muchas veces y por diversas circunstancias o espíritus, como Iglesia hemos experimentado estar encorvados, sin poder enderezarnos de ninguna manera, incluso encerrados en ritos y cumplimientos vacíos de gloria al Dios de la Vida. Pero la salvación se hace encontradiza, siempre encuentra el modo de llegar a nosotros y se presenta: de una forma y otra, nos encontramos con Jesús que nos mira y nos dice con total seguridad: "Iglesia, estás curada de tu enfermedad". Y nos enderezamos, nos reconstruimos y renovamos con el impulso del Espíritu y salimos a dar gloria a Dios por su amor y fidelidad que sana y salva.

Escrito en estas líneas parece simple, sencillo y hasta incluso romántico, pero nada más lejos de la realidad. La transformación nunca es instantánea, la conversión requiere discernimiento y convencimiento. Dar gloria a Dios sólo nace de una comunidad, de un corazón profundamente agradecido y en total sintonía con el sentido de la salvación para el mundo en el ya pero todavía no del Reino que intentamos construir, habitar, vivir.

Dar gloria a Dios es un ministerio, al menos así lo entiendo como laica, catequista, educadora y teóloga. Intentaré explicarme con la ayuda de San Juan Bautista de La Salle. Sus meditaciones para el tiempo de retiro, dirigido a educadores, inician con estas palabras: "Dios es tan bueno que, habiendo creado a los hombres, quiere que todos lleguen al conocimiento de la verdad. Esa verdad es Dios mismo y lo que Él ha querido revelarnos..." (13)

Y unas líneas más adelante, nos dice que anunciar y descubrir la gloria de Dios para otros tiene este origen: "Dios por su misericordia, les ha dado este ministerio. (...) Ustedes, han sido llamados por Dios para este ministerio." (14)

San Juan Bautista nos devuelve la mirada sobre Dios, bueno y misericordioso, tal como se manifiesta en el evangelio que estamos meditando. En palabras simples, el Concilio Vaticano II nos dice que en la Escritura podemos conocer lo que Dios nos ha revelado para nuestra salvación (DV 11) y en el evangelio según San Juan, también de manera muy sencilla, la razón de los Evangelios: "para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y creyendo, tengan Vida en su Nombre." (15) Podemos decir entonces, que la Escritura es un lugar privilegiado donde conocer a Dios y lo que Él quiere revelarnos. Y la misma Escritura nos dice que otro lugar privilegiado para conocer a Dios y su voluntad de salvación es el mundo y cada ser humano. (16)

En este evangelio donde una mujer recobra la salud, Dios se revela en su potencia salvífica por medio de Jesús. Dios se revela salvador, pero ¿de qué y para qué? Según la breve cita del Evangelio según San Juan, "para que tengamos Vida en su Nombre"; si vamos a este relato de Lucas, nos salva de una vida vuelta sobre sí misma, apagada, sin expectativas; y nos salva para dar gloria a Dios. Y ¿qué es en definitiva dar gloria a Dios? ¿Es solamente un acto que involucra la palabra?, y podría preguntarme en mi caso, ¿la palabra del ministerio teológico? ¿O implica algo más?

En el siglo II, San Ireneo de Lyon nos dejó una breve y profunda enseñanza: "la gloria de Dios es el hombre viviente" o en otra traducción con el mismo sentido: "la gloria de Dios es que el hombre viva". La mujer encorvada que pudo enderezarse comenzó a dar gloria a Dios por el don recibido en su cuerpo, que de manera incontestable hizo presente la salvación. Podríamos decir que, la gloria de Dios es que ella viva en plenitud.

Y nosotros, Pueblo de Dios peregrino, que muchas veces nos agobiamos bajo el peso de realidades que nos encorvan hasta desaparecernos el rostro, cuando el Señor nos dice: "Pueblo mío, estás curado de tu enfermedad", podemos enderezarnos y darle gloria por la plenitud de la vida recibida. Sin embargo, somos conscientes de la realidad del ya pero todavía no de la plenitud de la salvación y del Reino. Mientras haya un solo ser humano encorvado por espíritus que lo sometan a la deshumanización y a los ultrajes de una vida de esclavitudes, la Iglesia Pueblo de Dios se estará enderezando en un permanente acto de reparación; y cada hombre y cada mujer que se vea liberado, cada bautizado y bautizada que reconozca en su propia vida el don de la salvación, podrá alzar la voz para dar gloria a Dios.

Hacia ese horizonte de sentido puede virar nuestra vocación ministerial, nuestra vocación de ser simples servidores que intentan hacer visible la salvación de Dios en el mundo, con el mundo y para el mundo. Nuestro ministerio es dar gloria a Dios con nuestra vida configurada a la de Jesús y nuestra palabra nutrida en la suya, ¿de qué otra forma podríamos ser educadores, catequistas, teólogos y teólogas en sintonía con la salvación del mundo? Si en nuestras prácticas, si en cada acto educativo no está la persona en el centro y el deseo de transformación de la realidad hacia una vida más plena, será mejor replantear seriamente dichas prácticas.

Finalmente, la renovación como desafío eclesial que evite el clericalismo y favorezca la conversión pastoral, no me parece algo utópico si cada bautizado y bautizada celebra en su vida la salvación, el ser desencorvado, desencorvada de las exclusiones sociales, económicas, culturales, religiosas. Vivimos en contextos en donde la liberación a veces se da a cuentagotas. Pero nuestra confianza está puesta en Dios que es capaz de salvar aun en las realidades más complejas. Siempre es posible dar gloria a Dios, porque estamos vivos y vivos, porque todavía nos compadecemos entre quienes vamos caminando la vida.

¿Qué clericalismo tiene sentido ante la pobreza estructural, el desamparo, el hambre, la humillación de la trata o la servidumbre de los empobrecidos? ¿Qué sentido tiene el clericalismo mientras hermanos y hermanas sufren violencia, desprecios, golpes, insultos y muerte? ¿Por qué la Iglesia Pueblo de Dios querría seguir encorvada bajo el clericalismo que no hace más que ensimismarla y no dejarla ser la Iglesia en salida, el hospital de campaña y la casa segura para cada hombre y cada mujer que la habita?

Al ir cerrando esta meditación, a modo de oración, es mi esperanza que como Iglesia nos renovemos siendo semejantes a la mujer del evangelio; que, en la experiencia de estar encorvados, seamos capaces de escuchar confiadamente al Señor y podamos erguirnos con una vitalidad plena, acogiendo el don de la salvación y para dar gloria a Dios con toda nuestra vida y vocación.

Notas:

1. F Jn 3,8.
2. Cf. E. Estévez López, "De estar encorvada a vivirse erguida (Lc 13, 10-17)", en E. Estévez López, Mediadoras de sanación. Encuentros entre Jesús y las mujeres. Una nueva mirada, San Pablo-Universidad Pontificia de Comillas, Madrid. 331.
3. Cf. A. Kolodny, "Dancing Through the Minefield: Some Observations on the Theory, Practice, and Politics of Feminist Literary Criticism", en E. Showalter (ed), Feminist Criticism: Essays on Women, Literature, Theory, Pantheon, New York, 1987, 11. D. Marguerat; Y. Bourquin, Cómo leer los relatos bíblicos. Iniciación al análisis narrativo, Sal Terrae, Santander, 2000. 17.
4. Cf. E. Schüssler Fiorenza, "Ella se puso derecha (Lc 13, 10-17)" en, E. Schüssler Fiorenza, Pero ella dijo. Prácticas feministas de interpretación bíblica, Trotta, Madrid, 1996. 249.
5. A. Giddens, New Rules of Sociological Methods: A Positive Critique of Interpretative Sociologists, Basic Books, New York, 1976. 64.
6. Cf. J. Barton, "Enfoques histórico-críticos", en J. Barton (ed), La interpretación bíblica, hoy, Sal Terrae, Santander, 2001.34-36.
7. Cf. Lc 6,6ss.
8. Cf. Hch 15,16. Es el mismo verbo: reconstruir, reedificar. En Hechos, releyendo al profeta Amós, es Dios quien promete reconstruir a Israel.
9. Por lo general, Lucas realiza construcciones tanatológicas detalladas de los enfermos y las enfermedades: 4,39; 5,12; 8,43; 5,17-26; 18,35-43; 7,2; 8,42; 14,1-6; 8,2.
10. A. Weissenrieder, Images of Illnes in the Gospel of Luke, Mohr Siebeck, Tubinga, 2003. 314-328.
11. E. Estévez López, "De estar encorvada a vivirse erguida (Lc 13, 10-17)", 318.
12. Lc 13,13. Cf. Glorificar aparece ocho veces en el evangelio de Lucas: los pastores glorifican a Dios (2,20); el paralítico curado y los que presenciaron el milagro, glorifican a Dios (5,25.26); los que presenciaron la resurrección del hijo de la viuda de Naim también glorifican a Dios (7,16); también el leproso samaritano (17,15.18); el ciego de Jericó (18,43) y por último, el centurión romano (23,47).
13. S. Rodríguez Mancini (trad.), Del empleo al ministerio. Las meditaciones para el tiempo del retiro de San Juan Bautista de La Salle, Sendero, CABA, 2022. 53-54.
14. Ibid., 55. 59.
15. Jn 20,31.
16. Así lo expresan, por ejemplo, la literatura poética y sapiencial del Antiguo Testamento, como también textos del Nuevo Testamento. Un texto que expresa de manera entrañable esta posibilidad de lectura del mundo y el ser humano como lugar de presencia de Dios es Mateo 25,31-46.

